

HERNÁN CORTÉS.
UN DILEMA HISTÓRICO

COLECCIÓN AMERICANA

DIRECTOR

Luque Azcona, Emilio José. Universidad de Sevilla

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Jiménez Jiménez, Ismael. Universidad de Sevilla

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luque Azcona, Emilio José. Universidad de Sevilla
Acosta Rodríguez, Antonio. Universidad de Sevilla
Álvarez Cuartero, Izaskun. Universidad de Salamanca
Bravo García, Eva. Universidad de Sevilla
Cagiao Vila, Pilar. Universidad de Santiago de Compostela
García Jordán, Pilar. Universitat de Barcelona
Loren-Méndez, M^a Mar. Universidad de Sevilla
Luque Talaván, Miguel. Universidad Complutense
Mejías Álvarez, María Jesús. Universidad de Sevilla
Mena García, Carmen. Universidad de Sevilla
Molina Martínez, Miguel. Universidad de Granada
Mora Valcárcel, Carmen de. Universidad de Sevilla
Petit-Breuilh Sepúlveda, María Eugenia. Universidad de Sevilla
Vitar Mukdsi, Beatriz. Universidad de Sevilla

COMITÉ CIENTÍFICO

Bernabéu Albert, Salvador. CSIC
Cajias de la Vega, Fernando. Universidad Mayor de San Andrés y de la Universidad Católica Boliviana (Bolivia)
Cardim, Pedro. Universidade Nova de Lisboa, Portugal
Fradkin, Raul O. Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Luján, Argentina
Gonzalbo Aizpuru, Pilar. Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México
Helena Zanirato, Silvia. Universidad de São Paulo, Brasil
Lavalle, Bernard. Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III, Francia
Martínez Riaza, Ascensión. Universidad Complutense de Madrid
Millones Santagadea, Luis. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú
Naranjo Orovio, Consuelo. Instituto de Historia-CSIC, España
Platt, Tristan. University of St. Andrews, Reino Unido
Potthast, Barbara. Universität zu Köln, Alemania
Quintero Montiel, Inés Mercedes. Academia Nacional de Historia de Venezuela
Serrera Contreras, Ramón María. Universidad de Sevilla
Valenzuela, Jaime. Pontificia Universidad Católica de Chile
Walker, Charles. University of California, Davis, EE.UU.

Avalado por



Promovido por



JAVIER MOLINA VILLETÀ

HERNÁN CORTÉS.
UN DILEMA HISTÓRICO
El conquistador en la historiografía
contemporánea


Diputación
Sevilla

 EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2025

Catálogo Editorial Universidad de Sevilla
Colección Americana
Núm.: 81

Catálogo Diputación de Sevilla
Servicio de Archivo y Publicaciones
Serie: Nuestra América
Núm.: 52

COMITÉ EDITORIAL DE
LA EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA:

Araceli López Serena
(Directora)
Elena Leal Abad
(Subdirectora)
Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
Marina Ramos Serrano
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Este original ha sido galardonado con el accésit del concurso de monografías *Nuestra América* 2023, convocado por la Diputación de Sevilla, la Universidad de Sevilla y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Diputación de Sevilla y de la Editorial Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Fragmento del mural de Diego Rivera, *La llegada de los españoles a Veracruz* (1951).

© Diputación de Sevilla. Área de Cultura y Ciudadanía.
Servicio de Archivo y Publicaciones 2025
Avda. Menéndez Pelayo, 32 - 41071 Sevilla.
Web: <https://wearchivo.dipusevilla.es/>

© Editorial Universidad de Sevilla 2025
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tfnos.: 954 487 447; 954 487 451
Correo electrónico: info-eus@us.es
Web: <https://editorial.us.es>

© Javier Molina Villeta 2025

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

Editorial Universidad de Sevilla ISBN 978-84-472-2779-2
Diputación de Sevilla ISBN 978-84-7798-539-6
Depósito Legal: SE 935-2025

Maquetación y diseño de cubierta: Dosgraphic s.l. (dosgraphic@dosgraphic.es)
Impresión: Podiprint

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
El mito del conquistador hasta el siglo XIX	17
Cortés, los cronistas y los humanistas. Siglos XVI-XVIII	17
La brecha del siglo XIX	20
Antecedentes: la conquista revisada	25
¿Asesino o impulsor del mestizaje?	28
Los mitos biográficos y las «tradiciones inventadas»	29
Conceptos básicos: «Hispanismo», «hispanofilia» «indigenismo» y «mestizofilia»	33
CAPÍTULO 1. LA VIEJA MIRADA HISPANÓFILA 1910-1947	41
1.1. México. El nacionalismo revolucionario	41
1.1.1. Carlos Pereyra. Pionero y apologeta	49
1.2. España. La república, la Guerra Civil y el primer franquismo ...	59
1.2.1. Salvador de Madariaga. Exiliado europeísta	65
1.3. Cortés y los hispanistas europeos y americanos	74
1.3.1. Henry R. Wagner. <i>The Rise of Fernando Cortés</i>	78
Conclusiones al capítulo I	84
CAPÍTULO 2. NUEVAS MIRADAS ENTRE EL HISPANISMO Y EL INDIGENISMO. 1947-1990	87
2.1. México: la cultura oficial y el exilio	87
2.1.1. Eulalia Guzmán. Arqueóloga indigenista	99
2.1.2. Miguel León-Portilla. <i>La visión de los vencidos</i>	109
2.2. España: el franquismo y la transición	119
2.2.1. Manuel Giménez Fernández. Opositor cristiano	122

2.2.2.	1947: El IV centenario de la muerte de Hernán Cortés	127
2.2.3.	Mario Hernández Sánchez-Barba. Una excepción en el franquismo	130
2.2.4.	1985: El V centenario del nacimiento de Hernán Cortés	135
2.3.	Cortés en la obra de los hispanistas europeos y estadounidenses	139
2.3.1.	Viktor Frankl. <i>Las Siete Partidas</i>	152
2.3.2.	John H. Elliott. «El mundo mental de Hernán Cortés» ...	156
2.3.3.	Tzvetan Todorov. Cortés y los signos	164
	Conclusiones al capítulo II	172
	CAPÍTULO 3. EL TERCER CAMINO. GRANDES OBRAS Y BIOGRAFÍAS CORTESIANAS. 1990-2003	175
3.1.	México desde 1990 hasta 2003	175
3.1.1.	José Luis Martínez. El parteaguas	179
3.1.2.	Juan Miralles. <i>¿Cortés, inventor de México?</i>	188
3.2.	España, ruptura y continuidad con el pasado	196
3.2.1.	Demetrio Ramos. La mentalidad y los propósitos de Cortés	204
3.3.	Los autores cortesianos francófonos y anglófonos de 1990 a 2003	213
3.3.1.	Hugh Thomas. El «narrador supremo»	219
3.3.2.	Bartolomé Bennassar. Cortés, héroe y mujeriego	239
3.3.3.	Bernard Grunberg. <i>El universo de los conquistadores</i>	246
	Conclusiones al capítulo III	255
	CAPÍTULO 4. EL ENFOQUE COLECTIVO Y MULTIDISCIPLINAR 2003-2019	257
4.1.	Matthew Restall. «La Nueva Historia de la Conquista»	261
4.2.	Christian Duverger. Cortés como indigenista borgiano	278
4.3.	Camila Townsend. La mirada de Malintzin	292
4.4.	Los cortesianos mexicanos de 2003 a 2019	300

4.5. Las miradas españolas de 2003 a 2019	303
4.5.1. María del Carmen Martínez Martínez.	
La importancia de las fuentes	308
Conclusiones al capítulo IV	320
CAPÍTULO 5. EL V CENTENARIO DE LA CONQUISTA	
DE MÉXICO. 2019-2021	323
5.1. Enrique Semo. La catástrofe de los pueblos originarios	327
5.2. Federico Navarrete. <i>¿Quién conquistó México?</i>	333
5.3. Fernando Cervantes. <i>Conquistadores. Una historia diferente ...</i>	343
5.4. Esteban Mira Caballos. La impericia bélica de Cortés	348
5.5. Antonio Espino. <i>Una historia militar de la conquista</i>	
<i>de México</i>	356
5.6. Stefan Rinke. <i>Conquistadores y aztecas</i>	362
5.7. Aportes recientes y obras colectivas	367
CONSIDERACIONES FINALES	373
BIBLIOGRAFÍA	389
Historiografía sobre Hernán Cortés y la conquista de México	
(siglos XX y XXI)	389
Obras sobre Hernán Cortés y la conquista de México	
(siglos XVI-XIX)	400
Bibliografía citada	402

INTRODUCCIÓN

En 1899, cuando España aún arrastraba la resaca del gran desastre del 98, el republicano catalán, Francisco Pi y Margall, se atrevió a publicar un drama protagonizado por uno de los grandes mitos del imperio español y por el héroe del nacionalismo mexicano. Se tituló *Güatimozín y Hernán Cortés* y fue uno de los primeros textos españoles que miró la conquista de México desde un punto de vista crítico y renunciando a la glorificación del conquistador.¹ A lo largo de la obra, el extremeño y el mexica debaten desde un tiempo presente y hacen un sorprendente repaso al legado de la conquista, a la memoria histórica e, incluso, a la estatuaría poscolonial. Cuauhtémoc se muestra lúcido, valiente y seguro de sí mismo. Cortés aparece retratado como un personaje astuto y obstinado. Veamos un fragmento especialmente representativo. En el mismo, ambos personajes discuten sobre el legado del extremeño:

Cortés.—Los fines que conseguí borran las faltas que pude cometer durante la conquista y después de la conquista. Así lo han reconocido todas las generaciones que tras la mía se han sucedido en la tierra. Todas me han enaltecido; todas me han puesto entre los mejores capitanes y los más hábiles políticos.

Güatimozín.—Ved, sin embargo, vuestra obra. La nación que a España sometisteis sacudió hace más de sesenta años vuestro yugo y es hoy una República. Recientemente ha vuelto los ojos a la lucha que vos y yo sostuvimos. No a vos, que me vencisteis, sino a mí, que sostuve hasta el último trance la independencia de la patria, ha levantado un monumento. Miradlo. De la Plaza Mayor de México parte un hermoso paseo que llaman de la Reforma. Hay en él dos glorietas: en la una, la estatua de Colón; en la otra, la mía. La mía está sobre un elegante pedestal azteca.

1. Salvador Bernabéu Albert, *La conquista después del desastre: Güatimozín y Hernán Cortés. Diálogo* (1889), de Francisco Pi y Margall, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. Puede consultarse en la web del CSIC: <https://digital.csic.es/bitstream/10261/32804/1/Conquista-Bernabeu.pdf>

Cortés.—Tengo yo un pedestal mejor: el de la cristiandad agradecida.
Güatimozín.—Cristianos son los que me han erigido la estatua.
Cortés.—¡Ingratos!²

La obra abrió llagas en los lectores más exaltados y varios escritores, como Onofre Peligro Valle³ y Emilia Pardo Bazán,⁴ se lanzaron a publicar obras apologéticas sobre el conquistador. Aunque parte de los intelectuales ya habían comenzado el proceso de desmitificación del conquistador, España aún no estaba preparada para asumir una visión cruda y crítica de la conquista ni del Imperio.

Lo que más me interesa de esos párrafos, no obstante, es la perspicacia con la que Pi y Margall resumió el problema histórico del que me ocupo en este trabajo, es decir, el dilema historiográfico que rodea la conquista de México-Tenochtitlan y en particular la figura de Hernán Cortés. El conquistador es un personaje al que se puede considerar —como él mismo alega en el drama del catalán— absuelto por la intelectualidad. Como veremos, incluso en México, gran parte de los historiadores y ensayistas lo retrataron, por encima de todos sus excesos, como un portento de valor e inteligencia.

En esta obra me propongo desentrañar los canales y mecanismos que han construido y transformado la figura de Hernán Cortés durante los siglos XX y XXI en la historiografía a nivel global. La labor de los hispanistas francófonos, anglófonos y centroeuropeos ha estado tan directamente relacionada a la producción española y mexicana que no hubiera sido posible prescindir de la misma. He tratado, por tanto, de abordar todos los trabajos relevantes sobre el conquistador sin establecer límites geográficos, observando que los principales autores proceden (por este orden) de México, España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y Australia.

Comenzaré mi investigación en el año 1916, coincidente con la publicación de *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac* (1916),⁵ del mexicano Carlos Pereyra. Por lo que he podido comprobar, se trata de la primera biografía de Hernán Cortés publicada en español en el siglo XX por un historiador. La

2. Francisco Pi y Margall, *Guatimozín y Cortés*, Madrid, Edición de los hijos de J.A. García, 1899.

3. Onofre Peligro Valle, *El héroe popular extremeño Hernán Cortés y su gloriosa conquista de México*, Uceda, Hermanos Badajoz, 1906.

4. Emilia Pardo Bazán, *Hernán Cortés y sus hazañas*, Madrid, Editorial La Lectura, 1914.

5. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la Epopeya del Anáhuac*, Madrid, Editorial América, 1916.

escasez de publicaciones sobre la conquista durante las dos primeras décadas del siglo XX puede deberse a varios factores históricos: en España, la crisis generada por la pérdida de las colonias en 1898 centró la atención de los intelectuales en los numerosos problemas internos del país. En México, el estallido de la Revolución mexicana a partir de 1910 desencadenó un periodo de casi dos décadas de violencia e inestabilidad. En Europa, la Primera Guerra Mundial acaparó casi toda la atención. Parece que los tiempos no eran propicios para estudiar la figura del conquistador. Sin embargo, a partir de los años treinta el interés por la conquista aumentó significativamente.

En la década de 1930, España experimentó el advenimiento de la Segunda República y la Guerra Civil; México presenció el cardenismo. Fue un periodo de reconciliación ideológica entre ambos países. Varios de los intelectuales que vivieron el conflicto (como Salvador de Madariaga, Octavio Paz, Luis Villoro, Juan Antonio Ortega y Medina, Ramón Iglesia, Manuel Giménez Fernández y Ángel de Altolaquirre) escribirían años después los primeros trabajos extensos sobre la figura de Cortés y conquista de México en el siglo XX.

A partir de los años treinta, como veremos, la producción historiográfica estimuló un nuevo debate cortesiano que dura hasta el día de hoy. Pondré, pues, como punto final 2021 porque es el año en el que termina el V centenario de la conquista de México, coincidente con varias publicaciones y rediciones de obras sobre Hernán Cortés.

Son muchos los intelectuales europeos y americanos que han reflexionado sobre Hernán Cortés. El impacto de sus acciones en el mundo cultural contemporáneo ha sido significativo y ha tenido consecuencias sorprendentes en la configuración ideológica y en la identidad nacional de España y México. Debido a los vínculos lingüísticos entre ambos países y a la conciencia de que la conquista devastó las civilizaciones prehispánicas, la polémica que generó y genera el conquistador en la literatura y las artes es constante. Por ende, las publicaciones centradas en su persona –entre novelas, biografías, documentales, monografías históricas, etc.– son innumerables.

En el capítulo introductorio de su obra, *Hernán Cortés* (1990), el historiador mexicano José Luis Martínez apuntó las pasiones que el conquistador suscitó durante el siglo XX en su país:

Cortés nos interesa siempre de manera extremosa, para exaltarle o para detestarlo. Concentramos en su persona el conflicto de nuestro origen, y frente al choque que aquel anudamiento ocasionó, unos toman el partido de considerar injusta, brutal y rapaz la acción de los conquistadores, y como víctimas a los

indígenas, cuya cultura se exalta como un noble pasado; y otros, comenzando por justificar el derecho a la conquista, la imaginan como una sucesión de hechos heroicos, cuyo protagonista es Hernán Cortés, y piensan que gracias a su victoria sobre pueblos bárbaros y sanguinarios, recibimos los bienes de la cultura española y occidental.⁶

Su obra fue uno de los primeros trabajos historiográficos contemporáneos que planteó un «tercer camino», alejado de las apologías y las condenas que según el autor «pueden reforzar las convicciones previas de cada uno, pero no logran cambiar el pasado y nos ayudan escasamente a conocerlo mejor».⁷ Martínez señaló las actitudes maniqueas que dominaron a los historiadores que trataron la figura del extremeño, desde Francisco López de Gómara y Bartolomé de las Casas en el siglo XVI, hasta Eulalia Guzmán⁸ y Salvador de Madariaga en el XX.⁹ Con algunas excepciones, se puede afirmar que el ansia por condenar o glorificar al conquistador no ha desaparecido tres décadas después de la publicación de su aclamada biografía. Cabría preguntarse por qué una persona del siglo XXI aún se siente agraviada por lo que ocurrió hace 500 años, cuando ni España ni México existían como naciones estado. Sin duda, la desigualdad económica, la segregación y el racismo que experimenta México en la actualidad son factores que, unidos al discurso anticortesiano del nacionalismo, alimentan el radicalismo ideológico con respecto a la conquista.

Autores como Antonio Rubial¹⁰ y Miguel Soto¹¹ han analizado los distintos momentos de una disputa que comenzó en el siglo XVIII y se radicalizó en

6. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 10-11.

7. *Ibidem*, p. 11.

8. Eulalia Guzmán, «Aclaraciones y rectificaciones por la profesora Eulalia Guzmán», *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*, México, Romervargas y Blanco Editores, 1958.

9. Primera edición en inglés en 1941: Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés: Conqueror of México*, Londres, The Macmillan Company, 1941. Primera Edición en español en 1977: Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977. Usaremos la siguiente versión: Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés*, Barcelona, Planeta de Agostini, 1995.

10. Antonio Rubial, «Hernán Cortés, el mito», en María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer (coords.) *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid, Tiempo Emulado, 2016, pp. 205-232.

11. Miguel Soto, «De dilemas y paradojas. La imagen de Hernán Cortés del México independiente al Porfiriato», en María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2016, pp. 233-261.

el XIX, al calor de los nacionalismos. Sus trabajos detallaron cómo nació el mito del conquistador y cómo su figura se transformó en un héroe imperial en España y en un villano sanguinario en México. Los nacionalismos español y mexicano acudieron a Cortés como «respuesta» ante diversas situaciones (como la independencia de México o el desastre español del 98) e inventaron un pasado establecido a base de repetir incesantemente ideas manipuladas. Durante la primera mitad del siglo XX se radicalizarán los odios ideológicos cristalizados en la Revolución mexicana y en la guerra civil española. La conquista de Cortés fue denunciada desde el nacionalismo mexicano y ensalzada desde el franquismo.

Esta obra tiene una utilidad esencialmente historiográfica, ya que me baso en fuentes escritas por historiadores o llevadas a cabo con metodología historiográfica. Es decir, incluyo a los autores de obras que presentan un trabajo de fuentes, independientemente de si los mismos son historiadores de profesión o filólogos, arqueólogos, semiólogos o ensayistas. De esta forma, los textos puramente ensayísticos –como los de Alfonso Reyes y Octavio Paz– quedan fuera de mi corpus,¹² mientras que los trabajos de Tzvetan Todorov o Juan Miralles sí que son considerados, pues sus obras suponen una mirada historiográfica y un análisis hermenéutico de las fuentes de la conquista. Atenderé, pues, a las miradas fundamentalmente académicas, centrándonos en las que más importancia tuvieron dentro de la historiografía. Como veremos, son muchos los casos de historiadores que hacen uso de una crítica no solo epistémica, sino también ideológica.

Esta investigación también contiene una problemática histórica, que servirá a los estudiosos de la conquista y de Hernán Cortés y a los que aborden la intelectualidad y el nacionalismo español y mexicano en los siglos XX y XXI. Para entender la historiografía sobre Cortés primeramente debemos entender la conquista como acontecimiento. De esta manera, el análisis previo de las fuentes de la conquista de México ha resultado esencial de cara a conocer mejor al Cortés histórico y los acontecimientos de la guerra de conquista. Solo de esta forma se pueden analizar los condicionamientos y propósitos de los

12. Hay que recordar que el ensayo, desde la publicación de la obra del filósofo y humanista Michel de Montaigne, fue el medio y el género común de divulgar la historia. En España tuvo un desarrollo fructífero desde fines del siglo XIX hasta la Guerra Civil, y decayó a partir de los años cuarenta por ser considerado un género liberal. El alcance del género del ensayo y su relación con el relato histórico en España ha sido analizado en Gonzalo Pasamar, *Apolo-gia and Criticism. Historians and the History of Spain, 1500-2000*, Lausana, Peter Lang, 2010.

autores e indagar hasta qué punto la ideología condicionó su interpretación sobre el conquistador. Por tanto, atenderé a tres puntos imperativos: primero, entender la conquista de México como acontecimiento, para –segundo– entender los discursos nacionalistas e ideológicos de los siglos XX y XXI que influyeron en la intelectualidad y llegar finalmente al tercer punto, el más importante: entender y analizar la historiografía sobre Hernán Cortés.

Puede afirmarse que la producción cortesiana se desarrolló fundamentalmente en cinco etapas. Dividiré los capítulos cronológicamente, atendiendo a los eventos, congresos y publicaciones que modificaron el paradigma historiográfico cortesiano. El primero empieza en 1916, año en el que se publicó la primera biografía del siglo XX sobre el conquistador: *Hernán Cortés y la Epopeya del Anáhuac*,¹³ del mexicano Carlos Pereyra. Durante la primera mitad del siglo XX predominaron, como veremos, las obras apologéticas e hispanófilas.

El segundo capítulo empieza en 1947, año en el que se celebró en Medellín (Extremadura) el primer congreso internacional con motivo del IV centenario de la muerte de Hernán Cortés. Aunque la mayoría de los trabajos presentados no tuvieron repercusión historiográfica, se trata de la primera obra colectiva en torno al personaje y el primer intento de establecer un diálogo trasatlántico con respecto a la conquista de México. Además, el alemán Richard Konetzke escribió el texto «Hernán Cortés como poblador de la Nueva España»¹⁴ que supuso una nueva mirada sobre la mentalidad del conquistador. En México, la década de 1950 coincidió con una etapa de mayor interés hacia las culturas indígenas en la que los historiadores tomarán distintas posturas como la de Eulalia Guzmán (militante y antiespañola) y la de Miguel León-Portilla (académica y conciliadora). También analizaré obras tan importantes como las de John H. Elliott, Viktor Frankl (ambas influenciadas por la historia de las mentalidades) y Tzvetan Todorov (un enfoque filosófico y semiótico). Hay que mencionar el año 1985, en el que se convocó en Salamanca un congreso internacional para la celebración del V centenario del nacimiento de Hernán Cortés, y al que asistieron autores que renovaron la historiografía cortesiana en la siguiente década.

13. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la Epopeya del Anáhuac...*, 1916.

14. Richard Konetzke, «Hernán Cortés como poblador de la Nueva España», en *Estudios Cortesianos, IV Centenario de Hernán Cortés*, CSIC/Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1948, pp. 341-381.

El tercer capítulo comienza en 1990, coincidiendo con la publicación de la biografía *Hernán Cortés* del citado José Luis Martínez,¹⁵ que marcó un hito en la historiografía cortesiana. En este periodo se publicaron obras importantes como la del inglés Hugh Thomas, el libro más extenso y pormenorizado sobre la conquista, y la del español Demetrio Ramos, otro aporte revelador cuyo objetivo fue (nuevamente) desentrañar la mentalidad del conquistador.

El cuarto capítulo empieza en el 2003, año en el que se publicó la obra de Matthew Restall, *Los siete mitos de la conquista española*,¹⁶ que inaugurará en el ámbito cortesiano la corriente denominada «Nueva Historia de la Conquista», cuyo objetivo principal es enfatizar el protagonismo de los indígenas. Esta etapa está marcada por la polémica que desataron las obras del francés Christian Duverger y por una marcada diversificación metodológica. También es el periodo en el que la historiadora española María del Carmen Martínez Martínez publicó sus textos más importantes sobre el conquistador.

El quinto capítulo, de 2019 a 2021, abordará el periodo del V centenario de la conquista de México, coincidente con un número ingente de publicaciones sobre la conquista que continúan el enfoque colectivo y multidisciplinar que caracterizó el anterior periodo.

La estructura cronológica de esta obra es imprescindible para entender la evolución histórica e historiográfica de los autores tratados. Podría haberse planteado una organización tripartita que dividiese a los historiadores apologéticos, condenatorios o neutrales, pero como veremos, la problemática sobre el conquistador es mucho más rica y compleja y escapa a cualquier división ideológica.

EL MITO DEL CONQUISTADOR HASTA EL SIGLO XIX

Cortés, los cronistas y los humanistas. Siglos XVI-XVIII

Entre los autores que desde el siglo XVI han narrado la conquista de México se pueden distinguir tres grupos: el primero incluiría a los que enaltecieron el mito del conquistador; el segundo, a los que lo demonizaron; el tercer grupo

15. José Luis Martínez, *Hernán Cortés...*, 1990.

16. Matthew Restall, *Seven Myths of the Spanish Conquest*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

surgió a partir de la obra de Francisco Javier Clavijero en siglo XVIII y trataría, en palabras del citado José Luis Martínez, de ofrecer un «tercer camino», más neutral y medido y menos partidista.¹⁷

El primer enaltecedor de las glorias de Cortés fue el mismo Cortés. La aventura del conquistador alcanzó una temprana fama internacional gracias a las propias *Cartas de relación* que envió a Carlos V y de la obra más influyente sobre la conquista, la de Francisco López de Gómara.¹⁸ Hay que mencionar también dos obras extensas e interesantes: las de Gonzalo Fernández de Oviedo¹⁹ y Bernal Díaz del Castillo²⁰. Las ambiciones del extremeño fueron desdeñadas por el emperador. Su carácter litigante, su fama de indomable y el éxito inmediato e insólito que tuvieron sus cartas fueron factores que contribuyeron a que estas fuesen prohibidas en 1527.²¹

En medio de aquella fricción apareció el primer autor crítico con el extremeño, el dominico sevillano fray Bartolomé de las Casas, cuya obra publicada a mediados del siglo XVI tuvo un impacto político de primer orden y estaría destinada a convertirse, a partir del siglo XIX, en el arma *anticortesiana* por antonomasia. A pesar de ello, el mito del conquistador continuó creciendo en la literatura española y novohispana de los siglos XVI y XVII. Los franciscanos llegaron a compararlo con Moisés por su labor evangelizadora. A finales del siglo XVII, historiadores como Antonio de Solís y Carlos de Sigüenza y Góngora elaboraron retratos elogiosos sobre su figura. Los biombos, lienzos y enconchados sobre la gloria del conquistador proliferaron en la Nueva España. Incluso en el ámbito indígena (tanto en Tlaxcala como en otros pueblos del altiplano), Cortés fue visto como un símbolo de la alianza con España y «un aval de sus derechos».²² En el siglo XVIII novohispano la exaltación del

17. José Luis Martínez, *Hernán Cortés...*, p. 11.

18. Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, Madrid, Biblioteca Castro, 2021. Primera edición en 1552.

19. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del Mar Océano*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853.

20. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989. Primera edición en 1632.

21. Su enemigo Pánfilo de Narváez obtuvo una cédula para que no se imprimiesen más.

22. Según dicho historiador, «los tlaxcaltecas dejaron plasmados sus servicios a la Corona por medio de un importante arsenal de imágenes. Un primer grupo de ellas se encuentra en el códice conocido como Lienzo de Tlaxcala, documento que sería llevado en 1552 por una de las varias delegaciones tlaxcaltecas, que viajaron a España para obtener cédulas y para hacer válidos los beneficios que les había concedido el haber sido colaboradores de Cortés y de los frailes», en Antonio Rubial, «Hernán Cortés, el mito»..., p. 208.

conquistador se enfrió, sobre todo en el ámbito criollo: la relación cada vez más tensa con las autoridades virreinales conllevó un acercamiento a figuras como Moctezuma y la Malinche, dadas a conocer gracias a la edición de las obras de Bernal Díaz y Antonio de Solís, entre otros.²³

Mientras en España Cortés era protagonista de numerosas obras de teatro, novelas, poesías y compendios históricos apologéticos, en Francia nació la llamada *leyenda negra* antiespañola (a partir de los textos de Montesquieu, Pauw, Raynal y Buffon, entre otros), cuyo objetivo fue denunciar los excesos de la conquista contra los indefensos y animalescos indígenas. Dicha leyenda negra escondía en realidad un racismo intrínseco contra los nativos americanos y un afán por minusvalorar los logros del Imperio español, pero sirvió a partir de la primera década del siglo XIX para legitimar la causa independentista en México.²⁴

En medio de esta confrontación apareció la primera obra equilibrada y crítica: la *Historia Antigua de México*, de Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), escrita en su exilio de Bolonia hacia 1780 y publicada por primera vez en México en 1852. Con respecto a Cortés, el jesuita novohispano se mostró admirativo, pero no exento de crítica: por una parte, le definió como un hombre de buen entendimiento, «de singular valor y destreza», «de genio fecundo» y de una rara habilidad para hacerse obedecer y respetar aun de sus iguales. Al mismo tiempo, afirmó que todo su esplendor se amortiguó con algunas acciones indignas de la grandeza de su alma.²⁵ Clavijero fue uno de los primeros autores que empleó un tono mesurado y una mirada crítica que sería rescatada en la historiografía del siglo XX, sobre todo en la obra del mexicano José Luis Martínez.²⁶

23. *Ibidem*, pp. 215-216.

24. Véase la obra de Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra, historia y opinión*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

25. Véase: Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 2006.

26. Hay que recordar que Francisco Xavier Clavijero fue uno de los casos tempranos y notables de respeto e interés por los nativos en un siglo, el XVIII, en el que el racismo fue el común denominador. Véase: Miguel León-Portilla, «Francisco Xavier Clavijero», en VV.AA., *Historiografía mexicana. La creación de una imagen propia. La tradición española*, tomo 1, México, UNAM, pp. 605-642.

La brecha del siglo XIX

La cultura en México experimentó a lo largo de su historia momentos de acercamiento y de rechazo a la producción cultural europea. El país se postuló alternativamente como semejante o diferente a Europa y por ende a España. El siglo XIX fue prolífico en cuanto a producción cortesiana, especialmente en México, donde los discursos de los insurgentes independentistas chocaron con los de los realistas. Tras la independencia, conservadores y liberales mantuvieron hasta el Porfiriato puntos de vista encontrados en torno a la herencia hispana.

En 1821 fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) publicó la *Brevísima relación* de Bartolomé de las Casas en Londres, Filadelfia y Sevilla (coincidiendo con el trienio liberal) y un año después la obra apareció en México.²⁷ El incendiario prólogo de Mier —que se declaraba descendiente directo de Cuauhtémoc—²⁸ calificaba a los conquistadores de aventureros, locos, crueles e ignorantes y los comparó con los españoles decimonónicos: «Los españoles que a once años de guerra a muerte contra nosotros, están empeñados en hacernos más creíbles las atrocidades de los conquistadores».²⁹ Ante el impulso independentista, la obra de fray Bartolomé de las Casas se prohibió en España en 1821. Asistimos, pues, a un cambio de paradigma que dura hasta nuestros días: las Casas será ensalzado en México; Cortés, demonizado.

Más beligerante aún que Fray Servando fue el escritor y novelista José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), especialmente en las tribunas que publicó en su periódico *El pensador mexicano*. En el mismo año 1822 escribió la sátira «Vida y entierro de don Pendón, por su amigo el Pensador», en la que se refería a los «atrocísimos delitos» perpetrados por «Cortés y sus asesinos y ladrones compañeros».³⁰ En 1829 el historiador y político Carlos María de Bustamante (1774-1848) publicó fragmentos de la obra del mestizo texcocano Fernando Alba Ixtlilxóchitl con el tendencioso título: *Horribles crueldades de*

27. La primera versión de fray Servando fue la londinense de 1812.

28. Véase la obra de Edmundo O’Gorman, *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1960.

29. Fray Servando Teresa de Mier, «Prefacio a la Brevísima relación de la destrucción de las Indias, de Fray Bartolomé de las Casas», Filadelfia, Juan F. Hurtel, 1821. Puede consultarse en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc513w5>

30. José Joaquín Fernández de Lizardi, «Folletos (1822-1824)», en *Obras*, 12 vols., edición de Irma Isabel Fernández y Rosa María Palazón, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1968-1999, vol. XII, p. 111.

*los conquistadores de México y de los indios que los auxiliaron para subyugarlo a la Corona de Castilla.*³¹

Mientras los intelectuales liberales tomaron como referente el radicalismo ardoroso de Bartolomé de las Casas, los conservadores actuaron como discípulos del franciscano evangelizador y admirador de Cortés, Toribio de Benavente Motolinía,³² y su talante fue, por ende, indulgente cuando no admirativo respecto al conquistador. Pero este esquema tenía importantes excepciones y quizás la más sustancial fue el caso del liberal José María Luis Mora, cuyo texto *México y sus revoluciones* (1833-34) fue la primera historia de la conquista escrita tras la independencia. Sorprende que un liberal, en pleno fervor reformista, afirmase que «México, colonia de la antigua España, debe su fundación al conquistador don Fernando Cortés, el más valiente capitán y uno de los mayores hombres de su siglo para concebir y llevar a efecto empresas que sobrepujan a las fuerzas del común de los mortales».³³ Aludiendo al odio antiespañol de muchos de sus compañeros liberales (principalmente Carlos María de Bustamante), Mora señaló:

Se hizo la guerra como se hacía entonces en Europa, entre pueblos civilizados, procurándose por ella más bien la sumisión que la destrucción (...). Decir lo contrario es dejarse arrebatar o de un celo exagerado o de un espíritu de odio contra todo lo que es español, y nadie exagera que esta pasión es un maestro muy estúpido para poder dirigir a nadie por la senda de la verdad y la recta razón.³⁴

En 1836 (año de publicación de la obra de Mora), España reconoció la independencia de México; se inauguró entonces una nueva relación entre ambos países. Tres años después llegó a México el ministro plenipotenciario español, Ángel Calderón de la Barca, que en un llamado a la reconciliación contribuyó a la fundación de El Ateneo Mexicano.

31. Carlos María de Bustamante, *Horribles crueldades de los conquistadores de México y de los indios que los auxiliaron para subyugarlo a la Corona de Castilla*, México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1829.

32. Enrique Krauze, *La presencia del pasado...*, p. 211.

33. José María Luis Mora, «México y sus revoluciones», en *Obras completas*, 8 vols., Obra Histórica (5), México, Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora, Secretaría de Educación Pública, 1988.

34. *Ibidem*, p. 19.

En 1843, el acadèmic bostoniano William H. Prescott publicò su famosa *History of the conquest of Mexico*,³⁵ la obra mÀs extensa y pormenorizada sobre la conquista, solo superada en tamaõ por la de Hugh Thomas (1993). El libro, excelentemente escrito y documentado incluso para los parÀmetros actuales, presentaba dicho acontecimiento como un choque de «civilizaci3n contra barbarie» y definía a Cortés como uno de los grandes capitanes de la historia, pero fue un éxito sin precedentes en Méjico y alentó un interesantísimo debate historiogrÀfico al respecto. El mismo aõo 1843 el historiador y polític conservador Lucas Alamán comenz3 una serie de disertaciones (mÀs adelante publicadas) en el recièn estrenado Ateneo Mexicano. En una de ellas no dudo en exaltar el pasado novohispano:

La naci3n mexicana no necesita de ficci3n alguna para poder enorgullecerse de su origen. Formada de la mezcla de los conquistadores y los conquistados, deriva su principio, en cuanto a los primeros, de una naci3n que en aquella època era la primera de Europa, cuyas armas eran respetadas por todas las demÀs naciones, en todo el esplendor de la literatura y de sus artes; y en cuanto a los segundos procede de unos pueblos guerreros, que supieron defender su libertad con heroísmo, y que si cayeron por efecto mÀs de sus propias disensiones que de una fuerza extranjera, esta caída fue honrosa y nada hubo en ella que no nos llene de gloria.³⁶

MÀs crític con Prescott fue Josè Fernando RamÍrez (1804-1871), quien consider3 imprescindible matizar la visi3n del estadounidense sobre «la barbarie» de los mexicas. Si Alamán justific3 la violencia de los espaõoles, FernÁndez hizo lo mismo con los mexicas, asegurando que la mayoría de las sociedades antiguas de Europa practicaron el sacrificio humano y la antropofagia.³⁷

Cinco aõos despuès de publicada la obra de Prescott, Méjico perdía la mitad de su territorio en la guerra contra los Estados Unidos, finalizada con

35. William H. Prescott, *History of the conquest of Mexico, with a preliminary view of the ancient Mexican civilization, and the life of the conqueror, Hernando Cortés*, New York, Harper and Brothers, 1843.

36. Miguel Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la Repùblica mexicana, Tomo 1*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2014. Primera edici3n de 1844. Las disertaciones de Alamán pueden consultarse en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc4j0s6>

37. Josè Fernando RamÍrez, «Notas y esclarecimientos», en William H. Prescott, *Historia de la conquista de Méjico*, Porrúa, 2006, p. 687.

el tratado de Guadalupe-Hidalgo en 1848. La gesta de Cortés narrada por el bostoniano había servido como ejemplo heroico a los invasores estadounidenses, que leían el libro entre batalla y batalla. En palabras de Miguel Soto, «se vieron a sí mismos como los nuevos conquistadores del Anáhuac»³⁸. En 1847, mientras los soldados extranjeros campaban a sus anchas en la capital, Alamán recordó el tercer centenario de la muerte de Cortés: «¿Quién hubiera podido pensar en aquella época que, a los tres siglos de la muerte del gran conquistador, la ciudad que él sacó de sus cimientos había de estar ocupada por el ejército de una nación que entonces no había tenido ni el primer principio?»³⁹.

En las décadas siguientes, tras la Guerra de Reforma y la Segunda Intervención Francesa, el líder liberal Benito Juárez consagró el triunfo republicano. Los nacionalistas se propusieron crear un arte nacional y una escuela mexicana. La figura de Cortés continuó siendo demonizada por algunos intelectuales liberales como Ignacio Ramírez (1818-1879) o Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), que llamó al conquistador «bandido», «audaz», «mañero» y «capitán de bandoleros».⁴⁰ Sin embargo, las acciones del conquistador fueron justificadas e incluso defendidas por la mayoría de los historiadores —como Joaquín García Icazbalceta (1825-1894),⁴¹ Vicente Riva Palacio (1832-1896),⁴² Manuel Orozco y Berra (1816-1881),⁴³ Alfredo Chavero (1841-1906)⁴⁴ y Justo Sierra (1848-1912)—⁴⁵, quienes reconocieron a Cortés, por encima de sus defectos y virtudes, como fundador del mestizaje mexicano.

Como vemos, apenas unos cuantos historiadores mexicanos se empeñaron en seguir demonizando al extremeño. En su trabajo «La imagen de Hernán Cortés del México Independiente al Porfiriato» (2016), el mexicano Miguel Soto afirma que «la mayoría (de los historiadores), una vez que vieron sus

38. Miguel Soto, «De dilemas y paradojas»..., p. 248.

39. José C. Valadés, *Alamán: estadista e historiador*, México, UNAM, 1987, p. 437.

40. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, 22 vols., coordinación de Nicole Girón, México, SEP, Conaculta, 1986-1992.

41. Joaquín García Icazbalceta, «Opúsculos y biografías», en *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, edición de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 1937.

42. Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas*, 8 vols., México, UNAM, Conaculta, 1996-2000.

43. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 vols., México, Porrúa, 1978. Primera edición en 1880.

44. Alfredo Chavero, «Primera época. Historia antigua», en Vicente Riva Palacio (coord.), *México a través de los siglos*, Espasa, México, 1884.

45. Justo Sierra, «Cortés no es el padre de la patria», en Justo Sierra, *Obras completas del maestro Justo Sierra*, tomo IX, México, UNAM, 1948.

circunstancias específicas, se deslumbraron ante su capacidad para superar los enormes obstáculos que enfrentó»⁴⁶.

Al otro lado del océano, el conquistador aún era la musa de muchos poetas y dramaturgos decimonónicos y seguía protagonizando todo tipo de piezas dramáticas y romanceros, tanto en España,⁴⁷ como en Francia, donde el mismísimo Napoleón, admirador confeso del extremeño, encargó a Gaspere Spontini la ópera *Fernand Cortez, ou La conquête du Mexique* (1809),⁴⁸ como instrumento de propaganda durante la invasión de España.

En el siglo XIX español, por motivos obvios, la figura de Cortés no fue sometida a un debate tan rico e intenso como en el caso mexicano. Hasta la década de 1930, España configuró un americanismo potente, pero replegado en sí mismo y con una propuesta poco internacional, reducida al ámbito académico.⁴⁹ Entre todos los trabajos cortesianos, destaca el de Niceto Zamacois, *Historia de Méjico* (1876-1882), escrito en su etapa mexicana. En un contexto en el que los historiadores mexicanos cada vez eran más críticos con la conquista, Zamacois atribuyó a Cortés todo un compendio de virtudes: valentía, ingenio y hasta modestia, sin dejar que su parte oscura eclipsara la gloria.⁵⁰

Fue a finales de siglo cuando aparecieron las obras más interesantes.⁵¹ El 98 supuso un hito en la historiografía española: el pasado imperial fue desintegrado y el sistema caciquil canovista fue incapaz de superar la tragedia. En 1899 el español Luis Vega Rey publicó *Puntos negros del descubrimiento de América*, texto en el que denunció la violencia extrema de los conquistadores y el trato cruel que Cortés dio a Cuauhtémoc.⁵² El prólogo de dicha obra

46. Miguel Soto, «De dilemas y paradojas»..., p. 256.

47. Por ejemplo: *Las mocedades de Hernán Cortés* (1850), de Patricio de la Escosura, el *Romancero histórico* (1859), de Alfonso García Tejero y *Hernán Cortés* (1867) de Carlos Jiménez-Placer. Para más información sobre las obras españolas del siglo XIX sobre Cortés consultar el libro de Iván Vélez, *El mito de Hernán Cortés*, Ediciones Encuentro, 2016, pp. 145-157.

48. Gaspere Spontini, *Fernand Cortez Ou La Conquête Du Mexique: Opéra En Trois Actes*, Wentworth Press, 2019.

49. Véase Palmira Vélez, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2007.

50. Niceto Zamacois, *Historia de Méjico*, 18 vols., Barcelona y México, J.F. Parres y Cía., 1876-1882. Los adjetivos pertenecen al volumen II, p. 433.

51. De 1890 a 1894 se publicó la *Historia General de España*, dirigida por Antonio Cánovas del Castillo, una de las últimas miradas optimistas al brillo del Imperio español.

52. Luis Vega-Rey, *Puntos negros del descubrimiento de América*, Madrid, Ricardo Rojas, 1899.

fue escrito por el político republicano Francisco Pi y Margall, que en 1899 publicó la citada obra de teatro *Guatimozín y Cortés*.⁵³ Como vemos, tanto en México como en España, se estaba gestando un punto de vista más complejo y reflexivo sobre el conquistador.

ANTECEDENTES: LA CONQUISTA REVISADA

Se ha escrito bastante acerca de las relaciones de México y España. Abundan, asimismo, los estudios acerca de la conquista, la independencia y el exilio español en México, pero como afirmé al principio, no se ha analizado la producción historiográfica e intelectual sobre la figura de Hernán Cortés en el ámbito ideológico y cultural de los siglos XX y XXI. Elaboraré a continuación un breve resumen de los pocos textos que han abordado al personaje no solo desde la historia, sino desde la historiografía, es decir, no solo al personaje histórico, sino a la representación de este.

El ensayo *Hernán Cortés y Diego Rivera* (1971),⁵⁴ de Jorge Gurría Lacroix, analiza la obra pictórica del muralista sobre el conquistador, pero se centra únicamente en la obra de Diego Rivera. Sorprendentemente, hasta que Esteban Mira Caballos publicó *Hernán Cortés. El fin de una leyenda* en 2010,⁵⁵ en España tampoco se había tratado la figura del extremeño desde un punto de vista abiertamente crítico y pormenorizado. El autor, no obstante, solo repasó brevemente la leyenda negra y rosa del conquistador (en su primer capítulo) y la historiografía sobre el mismo (en el último), pero tampoco profundizó en este tema. Tampoco lo hizo en su artículo «Historiografía cortesiana: entre la Leyenda Negra y la Rosa» (2020),⁵⁶ un texto breve (de apenas 20 folios)

53. Francisco Pi y Margall, *Guatimozín...* En esta ocasión, el catalán se mostró crítico con la conquista, pero elogioso con el conquistador: «Era Cortés uno de esos seres privilegiados que de vez en cuando aparecen en el mundo, y a los que parece que la naturaleza se complace en prodigar todos sus dones. De gallarda presencia, de trato fino y amable, y de insinuantes maneras, poseía una instrucción bastante completa, un heroico valor y una resolución enérgica, que hacían de él el tipo acabado de los caballeros de las leyendas». Luis Vega-Rey, *Puntos negros...*, p. 50.

54. Jorge Gurría Lacroix, *Hernán Cortés y Diego Rivera*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.

55. Esteban Mira Caballos, *Hernán Cortés. El fin de una leyenda...*, 2010.

56. Esteban Mira Caballos, «Historiografía cortesiana: entre la Leyenda Negra y la Rosa», en *Revista de Historia Militar*, 2020, pp. 197-222.

en el que repite sus postulados y hace hincapié en la cultura popular, sin abordar apenas la historiografía de los siglos XX y XXI.

El libro titulado *El Mito de Hernán Cortés* (2016),⁵⁷ de Iván Vélez, también abordó estos aspectos, pero no deja de ser una reivindicación nacionalista de Cortés que se centra en los poemas épicos y pasa por encima de las principales obras historiográficas y ensayísticas del siglo XX. Los trabajos editados por María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer en *Miradas sobre Hernán Cortés* (2016) fueron la única recopilación rigurosa y de calidad que versa (en los capítulos de Antonio Rubial y Miguel Soto) sobre la imagen del conquistador en la historiografía y el imaginario cultural mexicano desde el XVI hasta el XIX.⁵⁸ Sin embargo, el siglo XX no se trató de forma pormenorizada.⁵⁹

En el mismo año 2016, la historiadora mexicana Marialba Pastor publicó el breve texto «Hernán Cortés y sus fieles repetidores»,⁶⁰ en la revista *Historia y Grafía*. En él, la autora sostuvo que el relato de la caída de Tenochtitlan elaborado por Hernán Cortés fue repetido por el resto de los cronistas en los siglos XVI y XVII, que conservaron «casi intacta» la selección de acontecimientos. Aunque Pastor urge a revisar la narración que conforma «la versión aceptada a la fecha por los historiadores»,⁶¹ no profundiza en dicho aserto ni pone ejemplos de autores del siglo XX o XI que hayan aceptado los hechos sin analizarlos o ponerlos en duda. Como veremos, son muchísimos los que escribieron obras críticas.

También en 2016 apareció el libro de Beatriz Aracil Varón, «Yo, Don Hernando Cortés». *Reflexiones en torno a la escritura cortesiana* (2016),⁶² en el

57. Iván Vélez, *El mito de Hernán Cortés*, Madrid, Editorial Nuevo Ensayo, 2016.

58. María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer (coords.) *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2016, pp. 205-232 y 233-262 respectivamente.

59. Como veremos a lo largo de esta investigación, en casi todos los trabajos importantes escritos sobre Cortés y la conquista en el siglo XX (desde Vasconcelos y Paz, hasta las biografías de los mexicanos Juan Miralles y José Luis Martínez y el francés Bartolomé Benassar, entre otros) se considera al conquistador, más allá de todos sus excesos, un fundador y un impulsor del mestizaje. En este sentido, se sigue la línea trazada por la historiografía del siglo XIX: casi todos los autores reivindican su protagonismo en la constitución del mestizaje. Incluso los historiadores que sienten más simpatías hacia los mexicas (como Benjamin Keen), han reconocido su admiración ante los pormenores de la conquista de Cortés.

60. Marialba Pastor, «Hernán Cortés y sus fieles repetidores», en *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, año 24, núm. 47, julio-diciembre 2016, pp. 91-114.

61. *Ibidem*.

62. Beatriz Aracil Varón, «Yo, Don Hernando Cortés». *Reflexiones en torno a la escritura cortesiana*, Madrid, Universidad de Navarra/Iberoamericana-Vervuert, 2016.

que dedica un apartado a la recepción del discurso cortesiano en la historia. Aunque sus reflexiones son muy interesantes, dedica solo diez páginas a los autores cortesianos del siglo XX y se centra en los estudios críticos de sus epístolas y documentos (Eulalia Guzmán, José Luis Martínez y María del Carmen Martínez Martínez, entre otros), sin abordar los estudios biográficos sobre el personaje.

Por último, hay que mencionar el libro *Hernán Cortés revisado* (2021),⁶³ en el que Esteban Mira Caballos firma un texto sobre el conquistador en la cultura popular española y Guadalupe C. Gómez Aguado de Alba analiza la imagen del extremeño en el siglo XIX. De nuevo, la historiografía cortesiana de los siglos XX y XXI sigue sin ser abordada.

Como vemos, las revisiones historiográficas sobre la figura del conquistador no han profundizado en los siglos XX y XXI. La originalidad del presente trabajo se debe a que es el primero que busca confrontar de forma extensiva y pormenorizada la producción historiográfica sobre el conquistador a nivel internacional.

Este libro trata de resolver la siguiente cuestión: ¿Cómo fue interpretada, construida, transformada y utilizada la figura de Hernán Cortés por los historiadores durante el periodo de 1916 a 2021? Para resolver este problema histórico e historiográfico, la cuestión fundamental es determinar cuáles fueron los factores que llevaron a revisitar la figura del conquistador durante dicho periodo y cuál fue el resultado de la labor intelectual sobre Hernán Cortés. Esta pregunta me lleva a seleccionar un corpus de autores que profundizaron en la figura del extremeño y en su conquista y a analizar los diferentes trabajos de investigación elaborados a lo largo de más de un siglo. ¿Con qué elementos caracterizaron la figura de Hernán Cortés los historiadores del siglo XX y el XXI? ¿Qué circunstancias históricas influyeron en sus obras? ¿Qué rasgos constitutivos de su personalidad resaltaron? ¿Qué fuentes seleccionaron para reconstruir la historia? ¿Desde qué perspectiva se analizó su figura? ¿Primaron las consideraciones positivas o las críticas? ¿En qué medida continuó siendo considerado un héroe imperial o un asesino saqueador? ¿Cómo se valoró su impulso del mestizaje? Estas y otras preguntas guiarán el análisis de las obras más importantes sobre Cortés y la conquista de México.

63. Felix Hinz y Xavier López-Medellín (eds.), *Hernán Cortés revisado. 500 años de la conquista española de México (1521-2021)*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2021.

El presente trabajo pretende contribuir al mejor conocimiento de la conquista de México y de los mitos que han definido sus respectivas identidades. En definitiva, se trata de analizar y comprender el legado histórico que se produjo desde 1916 a 2021 sobre la figura de Hernán Cortés y la conquista de México.

Como apunté, en la actualidad dicho acontecimiento nutre parte del discurso nacionalista en ambos países. La visión partidista y manipulada que se conserva tanto en Europa como en América muestra la necesidad imperiosa de ofrecer un estudio historiográfico que analice la forma en que el relato de la conquista de México, y en particular la figura de Cortés, se reconstruyó en un siglo marcado por las brechas ideológicas.

Centraré mi análisis en dos tipos de fuentes, seleccionadas y acotadas según su importancia. Primero, abordaré las historias y biografías que profundicen en la figura de Hernán Cortés y la conquista de México-Tenochtitlan desde 1916 hasta 2021. También analizaré los textos diversos (especialmente los artículos académicos, pero también las conferencias y artículos periodísticos) que traten sobre Hernán Cortés y la conquista de México durante el periodo de 1916 a 2021.

¿ASESINO O IMPULSOR DEL MESTIZAJE?

Los historiadores que han estudiado la conquista se han hecho las siguientes preguntas: ¿Qué pretendía Cortés al emprender la conquista de México? ¿Fue un asesino destructor, un impulsor del mestizaje, o ambas cosas a la vez? ¿Quería solamente oro y poder o construir un nuevo país? ¿Pretendía ampliar el Imperio español o crear un reino mestizo casi independiente? ¿Llegó a sentirse identificado con México? ¿Fue el responsable de la muerte de Moctezuma? ¿Torturó indiscriminadamente a Cuauhtémoc? ¿Fue un genio militar o un advenedizo con suerte? ¿En qué medida pesó en su biografía el rol de político, soldado o escritor? ¿Tenía una mentalidad medieval o renacentista?

Como veremos, a pesar de la aparente obviedad de algunas de estas cuestiones, cada historiador ofreció una respuesta distinta. En trabajos recientes, como los de Christian Duverger⁶⁴ y Federico Navarrete,⁶⁵ las respuestas son siempre simplificadoras y radicalmente enfrentadas.

64. Duverger, Christian, *Hernán Cortés...*, 2005.

65. Federico Navarrete, *¿Quién conquistó México?*, México, Debate, 2019.

INTRODUCCIÓN

El estudio se centrará, pues, en los autores que respondan estas preguntas o planteen nuevas cuestiones referentes a la etapa conquistadora de México-Tenochtitlan: desde el desembarco en Cozumel en 1519, hasta el año 1525, es decir, el periodo en el que Cortés conquistó la ciudad de México Tenochtitlan y detentó el poder en la recién fundada Nueva España. Se prestará, en consecuencia, especial atención a los episodios más discutidos y debatidos en la etapa conquistadora del capitán extremeño:

- a) La ruptura con Velázquez (gobernador de Cuba) y la fundación de Veracruz.
- b) La alianza con los pueblos indígenas, en especial con Tlaxcala.
- c) La relación de Cortés con Malintzin.
- d) La matanza de Cholula.
- e) La relación de Hernán Cortés y Moctezuma hasta la muerte de este último.
- f) La matanza del Templo Mayor y la rebelión mexicana.
- g) La conquista y destrucción de Tenochtitlan.
- h) La reconstrucción de la ciudad de México y su gobierno.
- i) La expedición de las Hubieras, el asesinato de Cuauhtémoc y la pérdida del poder de Cortés.

El presente libro pretende insertarse dentro del debate que aún hoy alude a los historiadores de ambos lados del Atlántico, formulando preguntas que permitan indagar y entender un acontecimiento tan importante e influyente como es la conquista de México.

LOS MITOS BIOGRÁFICOS Y LAS «TRADICIONES INVENTADAS»

Como explicó el historiador y epistemólogo francés François Dosse en su obra *El arte de la biografía* (2007),⁶⁶ desde el siglo XIX la escritura biográfica ha sido considerada por los historiadores eruditos un género despreciado, «de pacotilla», y dejado para los aficionados. En el XX la situación no mejoró: la historia se vio cuestionada por las jóvenes ciencias sociales, preocupadas por la científicidad y por la sociología inspirada en Durkheim. Esta presión provocó que los historiadores despreciaran más aún el género biográfico. Ya en 1903,

66. François Dosse, *El arte de la biografía: entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 185.

en la *Revue de synthèse historique*, François Simiand invitó a los historiadores a despojarse de sus tres ídolos: la cronología, la política y el ídolo biográfico.⁶⁷ Su beligerante tesis se convirtió en el paradigma de los *Annales* en 1929, año a partir del cual la revista francesa abandonó casi por completo el género biográfico. En 1949, Fernand Braudel publicó *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*,⁶⁸ libro en el que describió la muerte del monarca español como un «no-acontecimiento».⁶⁹ Dicha obra supuso toda una declaración de intenciones que sería concretada en 1958 en un artículo de *Annales* en el que el francés reivindicó la larga duración y la búsqueda de estructuras contra el tiempo corto, ilusorio e insignificante.⁷⁰

Los herederos de Braudel siguieron despreciando la biografía en favor de lógicas estructurales. Marc Ferro calificó al género como esa «minusvalía de la historia».⁷¹ Sin embargo, historiadores tan importantes como Lucien Febvre siguieron publicando aproximaciones biográficas, como la dedicada a Rabelais (1947) o a Lutero (1928), como ejemplo, no ya de la singularización, sino del mundo mental de cierta época. No son biografías totales, sino centradas en ciertos momentos que explican la acción de un personaje. Otro caso destacable es el del italiano Carlo Ginzburg, que en 1976 publicó *Il formaggio e i vermi*,⁷² una obra renovadora que proponía un estudio biográfico desde la metodología de la *micro-storia*, centrándose en un individuo desconocido y sus relaciones con el tejido social. Al decir de Dosse, la micro-storia devolvió a la historiografía la «singularidad», tras una larga fase de penumbra en la que el historiador estuvo más centrado en las estadísticas y en la historia cuantitativa y serial.⁷³ En 1986 el inglés John H. Elliott publicó una extensa y rigurosa biografía, *El Conde-Duque de Olivares*,⁷⁴ que rompió los rígidos esquemas

67. François Simiand, «Méthode historique et science sociale», en *Revue de synthèse historique*, 1903, en François Dosse, *El arte de la biografía: entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 185.

68. Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Paris, Armand Colin, 1949.

69. François Dosse, *El arte de la biografía...*, p. 194.

70. Fernand Braudel, «Historire et sciences sociales: la longue durée», en *Annales*, núm. 4 (*Débats et Combats*), 1958, pp. 725-753.

71. Marc Ferro, «La biographie, cette handicapée de l'histoire», en *Le magazine de l'histoire*, abril de 1989.

72. Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi*, Roma, Einaudi, 1976.

73. François Dosse, *El arte de la biografía...*, p. 252.

74. John H. Elliott, *The Count-Duke of Olivares*, Londres, Yale University Press, 1986.

estructuralistas y demostró que el género biográfico tiene un lugar incuestionable en la historiografía académica. Desde mediados de los años ochenta, se produce un cambio traducido en un acercamiento entre historia y biografía: el género se vuelve legítimo gracias a la incorporación de todas las novedades metodológicas de la historiografía. El renacimiento definitivo del género se produce entre 1996, con la publicación de la biografía Saint Louis, de Jacques Le Goff,⁷⁵ y 1999 año de edición de la primera parte de la monumental *Hitler (1889-1936)*,⁷⁶ de Ian Kershaw, obras que, al igual que la de Elliott, confirman de forma incuestionable la riqueza del género biográfico.

El entusiasmo por lo biográfico a partir de los ochenta y los noventa ya no se centra en la vida ejemplar, sino que refleja una preocupación por el estudio de la singularidad y está en consonancia con los giros interpretativos que experimentó la historiografía. Como afirma Dosse, hoy los historiadores admiten la parte de ficción que requiere la escritura biográfica, pero exigen el «pacto de verdad» y la necesidad de autenticidad.⁷⁷

Para entender cómo se construyó la figura de Cortés debemos primeramente entender el mecanismo de las «tradiciones inventadas». En *The invention of the tradition*⁷⁸ Eric Hobsbawm definió las prácticas simbólicas del nacionalismo que sirven para inculcar valores identitarios. La doble y contraria percepción del pasado histórico de Cortés en España y México nos remite al debate sobre «las tradiciones inventadas», propuesto por el historiador Eric Hobsbawm: «Son respuestas a situaciones novedosas que toman la forma de referencia a viejas situaciones, o que establecen su propio pasado por repetición cuasi-obligatoria».⁷⁹ La tesis del británico es perfectamente adaptable a

75. Jacques Le Goff, *Saint Louis*, París, Éditions Gallimard, 1996.

76. Ian Kershaw, *Hitler (1889-1936)*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1999.

77. François Dosse, *El arte de la biografía...*, p. 430.

78. Eric Hobsbawm, *The invention of the tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

79. En la introducción a *La invención de la tradición*, Hobsbawm expresa lo siguiente: «Las revoluciones y los “movimientos progresistas” que rompen con lo anterior, por definición, tienen su propio pasado apropiado, a pesar de que éste quede interrumpido en una fecha concreta como 1789. Sin embargo, en la medida en que existe referencia a un pasado histórico, la peculiaridad de las “tradiciones inventadas” es que su continuidad con éste es en gran parte ficticia». Eric Hobsbawm y T. Ranger, «Introducción: Inventando tradiciones», en Eric Hobsbawm, *La invención de la tradición*, Crítica, 2002, p. 8. Véase también: Martín Ríos Saloma, «De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX», en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 37, enero-junio 2009, pp. 97-137.

nuestro caso: define la forma a través de la cual se genera una tradición inventada que utiliza el pasado a su favor y lo manipula si es necesario para fingir y pretender continuidad con tiempos pasados. En nuestro caso, las tradiciones inventadas a partir de la figura de Cortés usan la historia de la conquista como fuente de legitimación de las instituciones con el objetivo de inculcar creencias y sistemas de valores que no son acordes con los hechos históricos. El estudio de las tradiciones inventadas como ejercicio de ingeniería social usado por los nacionalismos español y mexicano me parece imprescindible para entender la pervivencia del mito de Cortés en nuestros días. A lo largo del presente trabajo, me detendré en los aspectos simbólicos y culturales de sendos discursos nacionalistas. Como resume Hobsbawm, el discurso histórico es el resultado de la selección de acontecimientos que han sido elegidos para ser recordados por los dirigentes políticos, los historiadores, los escritores y otros grupos de poder.⁸⁰

De la misma forma, es necesario entender los postulados de la «historia intelectual» de Roger Chartier sobre la necesidad del historiador de no perder nunca de vista el momento y el lugar al que pertenece una mentalidad.⁸¹ Me interesan sus reflexiones sobre la construcción de representaciones simbólicas a partir de la definición de «memoria colectiva» de Maurice Halbwachs:⁸² la serie de imágenes que ayudan a construir una identidad. Estas «imágenes», de la misma forma que los «lugares de la memoria» (término propuesto por Pierre Nora)⁸³ son los símbolos a partir de los cuales se han construido las identidades nacionales: los lemas, las celebraciones, los murales, los monumentos, los libros, las calles...⁸⁴

Según los postulados del «giro lingüístico», los historiadores están condicionados por el lenguaje que utilizan. Como explicó Hayden White, la historia

80. Como apunta Martín Ríos, el discurso histórico posee tres funciones específicas: a) establecer y simbolizar lazos de cohesión y pertenencia; b) legitimar instituciones, estatus sociales y relaciones de autoridad y c) inculcar creencias, sistemas de valores y comportamientos determinados. Ver Martín Ríos, *La reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, Barcelona, Marcial Pons, 2011. Disponible en: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reconquista/historiografica.html>

81. Véase: Roger Chartier, «Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas», en Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 13-44.

82. Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, París, Presses Universitaires de France, 1968.

83. Pierre Nora (dir.), *Lieux de mémoire*, 7 vols., París, Gallimard, 1984-1992.

84. Pierre Nora, «La Nation», 3, en Pierre Nora, *Lieux de mémoire...* vol. 3, p. 650.

es una parte de la retórica, no es otra cosa que un discurso, y por lo tanto lo importante no es ya el hecho del pasado, sino la forma en la que se construye en base a las preguntas que hace el propio historiador.⁸⁵ Por lo tanto, todo discurso histórico es una construcción literaria documentada sobre el pasado: la historia se convierte en un género narrativo que debe interesarse en el lenguaje y el discurso.

Basado en estos modelos teóricos, me propongo analizar la forma en la que la figura de Cortés es interpretada y construida por los historiadores desde 1930 hasta 2019. Es decir, me propongo hacer una arqueología (para usar un término de Foucault)⁸⁶ de la mirada historiográfica del siglo XX y XXI hacia la conquista española del XVI.

CONCEPTOS BÁSICOS: «HISPANISMO», «HISPANOFILIA» «INDIGENISMO» Y «MESTIZOFILIA»

Antes de comenzar el análisis que propongo es importante definir ciertos términos que se usarán con frecuencia a lo largo de esta investigación. Teniendo en cuenta las múltiples definiciones e interpretaciones que existen sobre los conceptos «hispanismo», «indigenismo» y «mestizofilia», y los movimientos políticos y culturales derivados de ellas, creo necesario explicar brevemente los distintos conceptos para aclarar a qué me refiero cuando hablo de tendencias hispanistas, indigenistas y mestizófilas.

El hispanismo como disciplina académica tiene un marcado carácter filológico. Conforme al diccionario de la Real Academia Española, el término significa «dedicación al estudio de las lenguas, literaturas o cultura hispánicas». De esta forma, un hispanista sería, en términos generales, un especialista en la lengua y la cultura hispánicas. Su materia de estudio es la civilización, con preferencia por la lengua, la literatura y la historia de España y los pueblos de América Latina.

El vocablo «hispanista» se definió en el siglo XIX para distinguir a los estudiosos del mundo hispano. Según el historiador español Antonio Niño, la

85. Véanse las obras: Hayden White, *Metahistory: the historical imagination in nineteenth-century Europe*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1973; ID, *The content of the form: Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1987.

86. Michel Foucault, *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2010.

referencia más antigua del término hispanista proviene de un artículo publicado en 1879 por Alfred Morel-Fatio, al que denominó el «fundador indiscutible del hispanismo moderno».⁸⁷ En dicho texto, el francés trató de definir la escuela o corporación de estudiosos dedicados al dominio hispánico. No fue sin embargo hasta los años 30 del siglo XX cuando el término se impuso entre la clase intelectual francesa, denotando que dicha disciplina se había hecho un lugar en las ciencias. El hispanismo nació y se desarrolló en Francia, como expresión de una debilidad científica española.

La historiografía francesa fue el mayor referente para la española, incluso antes de la organización de un hispanismo profesional a finales del XIX.⁸⁸ Desde España, la imagen del vecino del norte oscila entre el país ilustrado, faro de liberales y el contra modelo enemigo de reaccionarios, una especie de Babilonia moderna, depravada y concupiscente. En la Francia de la segunda mitad del siglo XIX se asistió a una moda inusitada de lo español y la imagen de país perezoso y fanático que habían construido los filósofos de las Luces cedió el paso a la visión de un país pintoresco y exótico, atrasado y heroico, con un ápice de africanidad, pero culturalmente singular y brillante.⁸⁹ El hispanismo francés, capaz de captar de manera global la «civilización» española, supuso un factor relevante de mediación en la relación cultural de ambos países y contribuyó a representar lo hispánico con una imagen menos estereotipada y más exacta. La guerra civil española perturbó dichas relaciones: para la Francia del Frente Popular la España fanática y cruel se proyectó solamente en el bando nacional. La victoria de Franco provocó una ruptura con la trayectoria historiográfica anterior a la Guerra Civil. En la segunda mitad del siglo XX se produjo el gran auge del hispanismo historiográfico, pero como apunta Francisco García González, ni la evolución ni los ritmos seguidos por los hispanistas fueron los mismos.⁹⁰ A partir de los años 50, la historiografía francesa –con la escuela de los *Annales* en plena expansión– vuelve a cobrar

87. Antonio Niño, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España. 1875-1931*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas-Casa de Velázquez, 1988, pp. 3-4.

88. Como veremos, en los últimos veinte años del XX se impuso la influencia anglosajona. Jean-René Aymes y Mariano Esteban de Vega (eds.), *Francia en España, España en Francia. La historia de la relación cultural hispano-francesa (siglos XIX-XX)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, p. 10.

89. *Ibidem*, p. 11.

90. Francisco García González, «El hispanismo historiográfico en perspectiva. Presentación del dossier», en *Vínculos de Historia*, núm. 9, 2020, pp. 13-17. Puede consultarse en: http://dx.doi.org/10.18239/vdh_2020.09.00

relevancia. Tras la transición, los académicos españoles atendieron aún más al empuje del hispanismo anglosajón y al mismo tiempo, los estudiosos de Francia e Inglaterra reconocieron el protagonismo de los hispanistas españoles.⁹¹

El historiador estadounidense Stanley G. Payne trató de distinguir los conceptos de «hispanista» e «hispanófilo».⁹² El primero, como comenté, se refiere a los investigadores del mundo hispánico. El segundo definió a quienes escribían sobre España desde un sentido divulgador y emocional, transmitiendo las ideas míticas, épicas y románticas poco ajustables a los hechos históricos. En este sentido, se puede definir como hispanista al historiador británico John H. Elliott y como hispanófilo al intelectual mexicano José Vasconcelos. Ambos son ejemplos que encarnan a la perfección las diferencias que separan ambos términos.

Gonzalo Pasamar situó el nacimiento de la historiografía española en la publicación de la historia de España de Juan de Mariana en 1592,⁹³ sin embargo, como apuntó Payne, el hispanismo erudito de la historiografía empezó de la mano de los franceses Claude Buffier y Jean Baptiste Duchesne, autores de las primeras historias generales de España, traducidas al castellano en 1734 y 1749. En el ámbito historiográfico, tanto los hispanistas franceses como los ingleses y los norteamericanos (con el ejemplo destacado de William H. Prescott) se orientaron fundamentalmente hacia las épocas medieval y moderna.

Los franceses, afirmó Payne, «llevarían la batuta principal», tanto de la hispanofilia como de un hispanismo más serio e institucionalizado que fue estableciéndose a finales del siglo XIX con las dos primeras revistas profesionales, la *Revue Hispanique* (1894) y el *Bulletin Hispanique* (1899). A partir del siglo XX, destacaron figuras como Marcel Bataillon, Fernand Braudel, Jean Sarrailh, Pierre Chaunu, Noel Salomon, Bartolomé Bennassar, Joseph Pérez o Bernard Vincent, entre otros.⁹⁴ El hispanismo francés fue el más exitoso,

91. Jean-René Aymes y Mariano Esteban de Vega (eds.), *Francia en España...*, p. 15.

92. Stanley G. Payne, «El hispanismo y la hispanofilia: una perspectiva histórica», en *Vinculos de Historia*, núm. 9, 2020, pp. 144-157. Puede consultarse en: http://dx.doi.org/10.18239/vdh_2020.09.07

93. Gonzalo Pasamar, *Apologia and Criticism. Historians and the History of Spain, 1500-2000*, Lausana, Peter Lang, 2010.

94. Como apuntó Payne, estos autores «no solo publicaron obras relevantes sobre ciertos temas, sino también ensayos interpretativos distinguidos, como *Entender la historia de España* (2011) de Joseph Pérez, o la obra singular de Bartolomé Bennassar, *L'Homme espagnol: Attitudes et mentalités du XVI au XIX siècles* (1975). De todos ellos, Bennassar, fallecido en 2018, fue el más versátil». Stanley G. Payne, «El hispanismo y la hispanofilia...», p. 147.

debido a su excelente organización, a su larga tradición y a sus sólidos apoyos institucionales.⁹⁵ Como veremos en esta investigación, a partir de los años ochenta, el hispanismo anglosajón experimentó un empuje representado por figuras como John H. Elliott, Gabriel Jackson, Peter Lenehan, o Henry Kamen. También en Estados Unidos han aparecido autores importantes como Richard Kagan y Frederick A. de Armas.

El indigenismo, por su parte, se define en México como la defensa de la identidad social y cultural de los indígenas y el afán por revalorizar la cultura prehispánica. Esta tendencia ha sido mucho menos trabajada que el hispanismo en la historiografía, pero considero imprescindible revisar su dimensión ideológica y cultural.

Como expresó Luis Villoro en su obra *Los grandes momentos del indigenismo en México*, se trata de un proceso histórico «en la conciencia» en el cual el indígena es «comprendido y juzgado», es decir «revelado» por el no indígena. Con esta premisa, Villoro lo define como el conjunto de concepciones teóricas y de procesos de conciencia que, a lo largo de la historia, han manifestado lo indígena.⁹⁶ Como sostiene, los intelectuales y los políticos usaron el indigenismo para desarrollar un proyecto político o para articular las necesidades y demandas que deben ser satisfechas (desde su perspectiva) para que el indígena tenga una mejor vida.⁹⁷

En su análisis sobre el indigenismo mexicano, José del Val comienza no ya en la conquista, sino en el siglo XIX: describe las luchas de los nativos contra el Estado liberal que les expropió sus tierras. Como apuntó, sorprende comprobar cómo un líder tan aclamado como Benito Juárez, indígena zapoteca, nunca vio con buenos ojos las demandas indígenas.⁹⁸ El nacionalismo mexicano decimonónico estaba más preocupado en reescribir la historia para adecuarla a un presente de progreso aparentemente imparable. A partir de 1910 el

95. Desde 1909 la *École des Hautes Études Hispaniques* de Madrid –dependiente de la Universidad de Burdeos– impulsó las actividades culturales que Francia realizaba en España. Dicha institución ha sobrevivido hasta hoy con el impulso de la Casa de Velázquez (1928), la máxima institución del hispanismo galo en España. Véase la obra de Antonio Niño, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España. 1875-1931*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas-Casa de Velázquez, 1988.

96. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, pp. 8-9.

97. *Ibidem*, pp. 267-275.

98. José del Val, *México. Identidad y nación*, México, Dirección General de Publicaciones y Fomento, 2004, pp. 129-239.

México del centenario de la independencia se convirtió en el México revolucionario y el tono de celebración se convirtió, en palabras de Mauricio Tenorio Trillo, en nostalgia por el pasado prehispánico.⁹⁹ A partir de los años veinte, los políticos también pugnaron por la modernidad y la aculturación. En este sentido, destacó la figura de Manuel Gamio (1883-1960) considerado el padre de la antropología moderna en México y uno de los principales ideólogos del indigenismo. En su obra, *Forjando Patria* (1916), el arqueólogo y director del Instituto Indigenista Interamericano propuso enseñar las lenguas indígenas a los hispanohablantes y, a la vez, enseñar español a los indígenas,¹⁰⁰ indicando, no obstante, que esta última civilización estaba retrasada con respecto a la contemporánea, productora de un mayor bienestar material e intelectual. Los propósitos de Gamio, como los de Vasconcelos, fueron reducir la heterogeneidad étnica y lingüística, consideradas como un «obstáculo para la producción intelectual», e intensificar el mestizaje para «forjar la patria». Hay que indicar que el indigenismo de Gamio también pugnó contra el anti-españolismo presente en la sociedad mexicana y reivindicó la conquista castellana por encima de la inglesa, que «consistía en perseguir al indio hasta extinguirlo».¹⁰¹ También destacó la labor del arqueólogo Alfonso Caso (1883-1970), que estuvo al frente del Instituto Nacional de Antropología e Historia y del Instituto Nacional Indigenista, desde donde emprendió investigaciones de carácter sociológico para integrar la cultura indígena en la vida mexicana y mejorar la condición de vida de los pueblos: «Esperamos que el problema indígena desaparezca en los próximos veinte años», expresó en 1956.¹⁰²

Para lograr la integración se hacía necesario una nueva versión oficial de la historia, por ello el Estado mexicano se apropió del indigenismo. Sin embargo, el surgimiento de intelectuales indígenas puso en evidencia que este «panindianismo» no era una ideología compartida por todos los pueblos originarios.¹⁰³ El discurso zapatista del subcomandante Marcos a partir de 1993,

99. Mauricio Tenorio Trillo, «De los bicentenarios y la imaginación histórica», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *México y España. Historia y memoria de dos siglos (1810-2010)*, México, Editorial Síntesis, 2013, p. 275.

100. Manuel Gamio, *Antología*, México, UNAM, 1993, p. 133.

101. *Ibidem*, pp. 11-113.

102. Alfonso Caso, «Un experimento de antropología social en México», en *La Palabra y el Hombre*, enero-marzo 1957, núm. 1, pp. 15-22.

103. Natividad Gutiérrez Chong, *Mitos nacionalistas e identidades étnicas: los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Sociales, 2012, pp. 35-47.

creó una nueva conciencia indigenista en los mexicanos, lo que Del Val considera la última fase del indigenismo.¹⁰⁴ Como postula Carlos Montemayor, el Instituto Nacional Indigenista nunca tuvo poder para obligar al Estado a cumplir sus decisiones: desde los años setenta, el fracasado indigenismo de Alfonso Caso incubó el levantamiento en Chiapas.¹⁰⁵ Como concluye Natividad Gutiérrez Chong, las políticas nacionalistas del México revolucionario (culturales y educativas) estuvieron encaminadas a la invocación del mundo «azteca». Resaltando las virtudes de los héroes —«las tradiciones inventadas»— los políticos promovieron el uso y explotación del pasado y el presente de las culturas indígenas.

Con respecto a los historiadores que analizaron la figura de Hernán Cortés, se puede afirmar que Eulalia Guzmán y Luis Villoro pusieron en práctica distintos enfoques indigenistas, la primera a través de la crítica ideológica y el segundo en clave epistemológica. Son, sin embargo, muchos más los investigadores que han abordado las perspectivas indígenas de la historia de la conquista y entre ellos destacan Miguel León Portilla, Camilla Townsend, Matthew Restall y Federico Navarrete.

En el resto de obras se observan miradas más mesuradas, y en algunas de ellas (como las del citado Miguel León Portilla, las de José Luis Martínez, las de Christian Duverger o la de David M. Carballo) percibimos una clara reivindicación del mestizaje, lo que autores como Agustín Basave y Andrés Molina Enríquez han denominado la «mestizofilia», «la idea de que el fenómeno del mestizaje es un hecho deseable».¹⁰⁶ Aunque los estudios sobre el mestizaje son abundantes, dicho término no ha sido aplicado a la historiografía.

En los años veinte, Vasconcelos fue el encargado de enarbolar la bandera del mestizaje, o en palabras de Agustín Basave, «la unificación mestizoamericana». Hay que señalar que el afán de mezcla racial de Vasconcelos está absolutamente desequilibrado en favor del blanco. En *La raza cósmica* (1925), el mexicano expuso «el atraso de los pueblos hispanoamericanos donde predomina el elemento indígena» y afirmó que el indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la cultura moderna ni otro camino que la civilización latina. El suyo es un mestizaje que prodiga la especie blanca y la cultura de

104. José del Val, *México. Identidad y nación...*, pp. 129-239.

105. Carlos Montemayor, *Los pueblos indios de México*, México, Random House Mondadori, 2010, pp. 81-130.

106. Agustín Basave B., *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 13.

Occidente.¹⁰⁷ Como afirmó Luis Villoro, para el mestizo mexicano lo occidental simboliza la «luz reflexiva», mientras que lo indígena es lo «inapresable, hondo y oscuro».¹⁰⁸

Sin embargo, no hay que confundir la mestizofilia abiertamente racista de Vasconcelos con otras, de talante mucho más conciliador, como la de su contemporáneo Alfonso Reyes, que en su *Visión de Anáhuac* (1917)¹⁰⁹ reivindicó la aceptación de ambas tradiciones culturales –la indígena y la española– al igual que Manuel Gamio y autores posteriores como Octavio Paz y Carlos Fuentes.¹¹⁰

Actualmente son varios los investigadores ocupados en analizar el pensamiento de los primeros mestizos. Destacan los trabajos de Rocío Cortés y Margarita Zamora,¹¹¹ Alcira Dueñas¹¹² y, sobre todo, el francés Serge Gruzinski, cuya obra no se ha limitado a estudiar la mezcla racial, sino que ha tratado de descifrar y entender la complejidad del llamado «pensamiento mestizo», poniendo en evidencia la animadversión que el término mestizaje y sus derivados ha provocado en la *political correctness* de las universidades estadounidenses, desarrollando una concepción del universo indígena como «un mundo anquilosado en comunidades estancas y autoprotegidas».¹¹³

107. José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, Austral, 1966, pp. 11-25. Según su estudio, *México mestizo*, la mestizofilia de Vasconcelos empieza a manifestarse en su texto *Estudios Indostánicos* (1919), donde propone que solo las razas mestizas producen grandes civilizaciones. Agustín Basave B., *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 132-133. José Vasconcelos, «Estudios indostánicos», en *Obras Completas*, tomo III, México, LIMUSA, 1959, pp. 98-99.

108. Luis Villoro, *Los grandes momentos...*, p. 254.

109. Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac (1519)*, México, El Colegio de México, 1953, p. 62.

110. Véase: Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, 2003, pp. 222-225. Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, Alfaguara, 2010, p. 370.

111. Rocío Cortés y Margarita Zamora (eds.), *Narradores indígenas y mestizos de la época colonial (siglos XVI-XVII): zonas andina y mesoamericana*, Lima, Latinoamericana Editores, 2016.

112. Alcira Dueñas, *Indians and mestizos in the “lettered city”: reshaping justice, social hierarchy, and political culture in colonial Peru*, Boulder, University Press of Colorado, 2010.

113. Véase: Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 16. Véase también: Serge Gruzinski, *Conversación con un mestizo de la Nueva España*, Madrid, Alianza Editorial, 2022.

CAPÍTULO 1

LA VIEJA MIRADA HISPANÓFILA

1910-1947

1.1. MÉXICO. EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

Al igual que en el siglo XIX, la cultura mexicana alternó épocas de apertura a la cultura europea y épocas de cerrazón, momentos contradictorios que, en palabras del historiador Jorge Alberto Manrique, sustentaron complejas situaciones históricas: del orgullo por lo propio al amor por lo ajeno.¹¹⁴ La Revolución mexicana provocó una revalorización de las culturas prehispánicas con respecto a la historia colonial. Los acercamientos a las culturas mesoamericanas conllevaron la necesidad de replantear los usos del pasado en el presente.¹¹⁵ Los revolucionarios buscaron oponer al nacionalismo cosmopolita y afrancesado del Porfiriato una nueva idea de nación, que basaba su legitimidad en la idea de una raza mestiza. Para Guy Rozat, «este ensalzar a la raza de bronce, raza cósmica, conllevaba a una cierta recuperación del pasado indígena», pero en la práctica ningún grupo dominante generó un verdadero reconocimiento a la clase indígena, «su antagonista en el conflicto social».¹¹⁶

En México, desde comienzos de los años veinte, el mestizaje fue ensalzado a través del mito vasconceliano de la «Raza Cósmica», que ya comenté.¹¹⁷ Los intelectuales hispanófilos abogaron por la occidentalización del indio

114. Jorge Alberto Manrique, «El proceso de las artes. 1910-1970», en *Historia general de México*, vol. 2, México, El Colegio de México, 1999, p. 1359.

115. Véase la obra de Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991.

116. Guy Rozat Duperyon, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista*, México, Universidad Veracruzana, 1993, p. VIII.

117. A partir de 1934, con el gobierno de Lázaro Cárdenas, la cultura oficial adquirió un tono *izquierdizante*; el nuevo Secretario de Educación, Gonzalo Vázquez Vela, promovió

y propusieron que se enseñara el español de forma masiva para integrarlos en la sociedad.¹¹⁸ Del lado contrario, los nacionalistas e indigenistas trataron de recuperar y exaltar las tradiciones populares. Los muralistas comenzaron a implicarse de forma intensa en el indigenismo con el fin de redescubrir y reivindicar la grandeza del pasado prehispánico y entroncarse en él. Lo prehispánico se convirtió en sinónimo de «lo nacional».¹¹⁹ Si los indigenistas tenían un punto en común, ese fue su mirada crítica hacia la conquista de México.¹²⁰ En este sentido, el pintor Diego Rivera fue el más prolífico y el más radical a la hora de caricaturizar y demonizar a los sombríos conquistadores. Su mural conocido como *El desembarco de los españoles en Veracruz* (pintado en 1951 en el corredor del Palacio Nacional) es el más representativo de la tendencia radical del nacionalismo revolucionario. Aunque mi trabajo está centrado en la historiografía, merece la pena que lo comentemos brevemente, ya que, como veremos a lo largo de nuestra investigación, se trata de la obra artística sobre Hernán Cortés más polémica, citada y discutida por los historiadores de los siglos XX y XXI. Casi todas las biografías de Hernán Cortés la comentan en términos críticos. El mural retrata todos los horrores cometidos por los españoles esclavistas. El extremeño aparece como un guerrero deforme y sanguinario al frente de un campo de cadáveres colgando de los árboles, entre esclavos indígenas que trasladan fardos y son sometidos a latigazos.¹²¹ La temática no era nueva, pero sí el aspecto del conquistador: Cortés ya no era el guerrero feroz

nuevas misiones culturales, tan pedagógicas como militantes. Jorge Alberto Manrique, «El proceso de las artes. 1910-1970»..., pp. 1359-1373.

118. Martha Sánchez Dettmer, «El “Nacionalismo Revolucionario” de Lázaro Cárdenas (1934-1940)», en Guillermo Castillo Ramírez, y Mauricio Pilatowsky (coords.), *Los Intelectuales y la configuración de los imaginarios mexicanos*, México, UNAM, 2015.

119. Rivera pintaba sus murales con una preparación a base de savia de maguey. Adolfo Best Maugard enseñaba dibujo basándose en los siete elementos lineales de las artes mexicanas indígenas y populares. Carlos Chávez compuso obras para instrumentos indígenas precolombinos. Carlos Monsiváis, «Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX», en *Historia General de México* (vol. 2), México, El Colegio de México, 1999, p. 1378.

120. A partir de los años treinta, a pesar de la aparente unanimidad estatal y cultural ante el nacionalismo y el indigenismo, las grandes figuras artísticas no pararon de lidiar entre sí. El pintor más famoso, Diego Rivera, mantuvo a fines de los años treinta una violenta disputa con el Partido Comunista y con el también muralista David Alfaro Siqueiros, que le acusó de haber hospedado a Trotsky en su casa de Coyoacán. En el Palacio de Bellas Artes, las discusiones entre los excéntricos pintores acababan a balazos sobre el techo. Las luchas ideológicas fueron muy frecuentes durante aquellos días.

121. Valeriano Bozal, *Diego Rivera*, Madrid, Historia 16, 1987, pp. 93-94.

y recio; en el mural de Rivera lucía amorfo, chepudo, verduoso, calvo y con las piernas torcidas y contrahechas.¹²²

Para entender bien la mirada de Rivera tenemos que remontarnos cuatro años atrás, a noviembre de 1946, el mes en el que se redescubrieron los restos de Cortés, hallados en la iglesia de Jesús Nazareno.¹²³ Los informes del INAH describieron el esqueleto de Cortés como un individuo de 1,58 metros de estatura (la media española del siglo XVI era de 1,63), cráneo pequeño y alargado con varias malformaciones óseas causadas por diversas enfermedades y por la erosión y el paso del tiempo, complexión fuerte y grandes padecimientos dentales. Como afirmó Rivera, los restos del conquistador, que murió con 63 años, presentaban deformidades, pero el pintor ignoró (o bien ocultó) lo más importante: Cortés conquistó Tenochtitlan con 34 años y en plena forma, y no cuando era un hombre envejecido y enfermo.¹²⁴ El muralista prefirió retratar a un ser desmembrado y malévolos para ridiculizarlo y demonizarlo de cara a la historia.

Los murales de Rivera aún hoy suponen un hito en el imaginario de muchos mexicanos; los grupos escolares los contemplan en sus excursiones anuales y aprenden una versión particular de la conquista. Quizás por ello, muchos intelectuales e historiadores se propusieron ejercer un contrapeso y criticaron duramente al artista guanajuatense. Octavio Paz afirmó que su obra es «una caricatura mezquina que revela una admiración que se avergüenza de sí misma y manifiesta rencor».¹²⁵ Sin embargo, ni los ensayos del Premio Nobel, ni la ingente obra de casi todos los historiadores y biógrafos mexicanos posteriores han conseguido desterrar la visión deformada y antiespañola que

122. Como apuntó Jorge Gurría Lacroix en su libro *Hernán Cortés y Diego Rivera* (1971), el impactante retrato causó bastante polémica; varios historiadores e intelectuales criticaron al pintor tachándolo de mentiroso, maniqueo y demagogo. Jorge Gurría Lacroix, *Hernán Cortés...*, pp. 66-68. Otros, como el exiliado español José Gaos, fueron más benévolos: «Pintura histórica en primera potencia... pintado de dentro a fuera», dijo el asturiano, que también declaró que la historia debía ser escrita con ira y parcialidad. Citado en Manuel Alcalá, «Nota preliminar», en Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 2018, p. IX. Primera edición en 1960.

123. José Luis Martínez, *Hernán Cortés...*, pp. 551-554.

124. Según Gurría Lacroix, Bernal no tenía ningún motivo para mentir, ya que su relato es una crítica al libro de Gómara y cuando lo escribió, Cortés ya había muerto. Por ello afirmó que dicha descripción «está seguramente apegada a la realidad». Jorge Gurría Lacroix, *Hernán Cortés y Diego Rivera...*, pp. 13-42.

125. Octavio Paz, «Hernán Cortés, exorcismo y liberación», en *ABC*, Madrid, 28-12-1985, p. 3.

muestran los murales. El mensaje de Rivera se instaló en el imaginario identitario mexicano para quedarse.

El Cortés deforme de Rivera se basa, como veremos, en las notas y descripciones que le facilitó su amiga, la arqueóloga Eulalia Guzmán, cuyos textos serán analizados en el capítulo 2, dedicado a la historiografía de 1948 a 1985. A pesar de que en 1948 ya había terminado su manuscrito, la arqueóloga no consiguió publicar su libro hasta el año 1958.¹²⁶

Comenzaremos, pues, comentando brevemente los textos de José Vasconcelos, el primer mecenas de Diego Rivera. Su obra sobre el conquistador, *Hernán Cortés. Creador de la nacionalidad* (1941),¹²⁷ no es un trabajo estrictamente historiográfico, sino un ensayo narrativo, por lo que *a priori* quedaría fuera de nuestra investigación. Sin embargo, consideramos importante exponer sus propuestas, ya que, al igual que la obra de Rivera, es una referencia citada por muchos de los historiadores cortesianos, casi siempre de manera crítica.

Para entender la mirada de Vasconcelos debemos nuevamente retrotraernos a los acontecimientos históricos y políticos que marcaron su vida. Una vez empezada la Revolución, el oaxaqueño se incorporó al movimiento maderista y más tarde apoyó a Venustiano Carranza contra Victoriano Huerta. Se estrenó en la política en 1921 como Secretario de Instrucción Pública del gobierno de Álvaro Obregón. En los años veinte Vasconcelos reivindicó la mezcla racial y cultural de México como germen de la futura humanidad. Sin embargo, a partir de su frustrada candidatura a la presidencia de México en 1929, experimentó un giro ideológico radical. En los años treinta, Vasconcelos, profundamente irritado con la deriva indigenista de la política mexicana, adoptó el derechismo más recalcitrante, exaltó la dictadura franquista y la figura de Hitler y se autoproclamó símbolo de la extrema derecha mexicana.¹²⁸ En palabras de Carlos Monsiváis, se fue «petrificando en un despeñadero ideológico».¹²⁹ Sin duda, las escenas de españoles torturadores y saqueadores plasmadas en los murales de Diego Rivera perturbaron a quien fue su principal mecenas; su

126. Eulalia Guzmán, «Aclaraciones y rectificaciones...», 1958.

127. José Vasconcelos, *Hernán Cortés. Creador de la nacionalidad*, México, Ediciones Trillas, 2013.

128. En 1940 Vasconcelos fundó la revista de propaganda nazi, *Timón*. Véase: José Vasconcelos, «¡Hay que hacer limpieza!», en *Timón Revista Continental*, vol. 1, núm. 10, México, 27-4-1940, p. 7.

129. Carlos Monsiváis, «Notas...», p. 1428.

obra ensayística, hispanófila y anti indigenista, es el reverso ideológico de la del pintor.

En 1938 publicó su *Breve historia de México*, obra que comienza por la conquista —«el punto en que México surge a la vista de la humanidad civilizada»— minusvalorando de esta forma el pasado prehispánico.¹³⁰ Su mirada hacia la conquista española fue de admiración y agradecimiento sin matices: México tuvo la fortuna de haber sido creado por la «primera raza del mundo civilizado» y por el más humano, el más abnegado y «el más grande de los conquistadores de todos los tiempos, Hernando Cortés», cuya figura, escribió, «envidia el anglosajón». «Todo el que se sienta mexicano, debe su nacionalidad a Cortés, todo el que quiera hacer algo grande, debe volver sus ojos al plan de Cortés», porque «en cuatro siglos no ha habido otro que mirara tan lejos, ni construyera tan en grande».¹³¹

En 1941, Vasconcelos publicó un segundo ensayo sobre el conquistador metelinense titulado enfáticamente *Hernán Cortés. Creador de la nacionalidad*.¹³² Para Vasconcelos, el extremeño fue un humanista preocupado por expandir la civilización cristiana: «Cortés buscaba no sólo territorios y siervos; también almas en donde prolongar lo que era para él la patria, el idioma de Castilla, su religión y su credo».¹³³ En la misma obra, el oaxaqueño volvió a despreciar el mundo indígena e incluso justificó la demolición de los templos: «Cuando se puede sustituir un teocalli con una catedral, no vale el argumento de que podía haberse buscado otro sitio (...) ni se discute la diferencia de calidad según el arte arquitectónico».¹³⁴

Podemos afirmar que estamos ante la obra apologética más significativa y marcadamente anti-indigenista escrita sobre Hernán Cortés. Se trata de un ensayo que funciona como reivindicación política y ajuste de cuentas con la ideología que sustentaba el régimen posrevolucionario nutrido por pensadores como Alfonso Caso y materializado en la creación de instituciones como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) o el Instituto Nacional Indigenista (INI). Su valor como documento historiográfico es mínimo, ya

130. José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, México, Editorial Continental, 1956, pp. 17-19.

131. *Ibidem*, p. 17.

132. José Vasconcelos, *Hernán Cortés. Creador de la nacionalidad*, México, Ediciones Trillas, 2013.

133. *Ibidem*, p. 30.

134. *Ibidem*, p. 90.

que apenas usa fuentes primarias: se limita a repetir los argumentos de la biografía *Hernán Cortés* (1931), de Carlos Pereyra, autor al que citó recurrentemente a lo largo del texto.¹³⁵

Otra de las obras más difundidas en México fue la del filósofo Samuel Ramos, *Perfil del hombre y la cultura en México* (1934),¹³⁶ que postulaba la conquista como un trauma del pueblo mexicano, sumido en la melancolía y en el complejo de inferioridad. Para explicar dicho trauma, Ramos partía de un uso equívoco del psicoanálisis de Freud y, al igual que Vasconcelos, hacía una lectura ideologizada del pasado, afirmando que los pueblos originarios no supieron adaptarse al cambio para avanzar hacia el progreso.¹³⁷

Hay que destacar la labor del jesuita, paleógrafo e historiador mexicano Mariano Cuevas (1879-1949), que en sus numerosos viajes a Europa recopiló y editó varios volúmenes de documentos sobre Hernán Cortés, destacando el libro *Cartas y otros documentos de Hernán Cortés novísimamente descubiertos en el Archivo General de Indias de la ciudad de Sevilla e ilustrados por el P. Mariano Cuevas*,¹³⁸ de 1915 y el *Testamento de Hernán Cortés*, en 1925.¹³⁹

En 1944, el historiador Manuel Romero de Terreros publicó dos obras interesantes sobre el extremeño: *Hernán Cortés: Sus Hijos y Nietos, Caballeros de las Ordenes Militares*¹⁴⁰ y *Los retratos de Hernán Cortés: estudio iconográfico*.¹⁴¹ Se trata de textos breves de marcada tendencia ensalzadora; sin embargo, ninguno de los dos se centra en su etapa conquistadora por lo que quedan fuera del análisis de esta investigación.

135. Por ejemplo, escribió que «pocos han señalado con tanto acierto como Pereyra lo que hay de fecundidad constructiva en la obra del Conquistador de México». *Ibidem*, p. 129.

136. Samuel Ramos, *Perfil del hombre y la cultura en México*, México, Imprenta Mundial, 1934.

137. Martín Ríos Saloma, «Conquista, ¿qué conquista? Notas para una revisión y crítica historiográfica», en Emilio Lamo de Espinosa (coord.), *La disputa del pasado*, México, Turner, 2021, pp. 33-58.

138. Mariano Cuevas, *Cartas y otros documentos de Hernán Cortés novísimamente descubiertos en el Archivo General de Indias de la ciudad de Sevilla e ilustrados por el P. Mariano Cuevas*, México, Imprenta de Francisco Díaz, 1915.

139. Hernán Cortés, *Testamento de Hernán Cortés / descubierto y anotado por el P. Mariano Cuevas*, México, Imprenta del Asilo Patricio Sanz, 1925.

140. Manuel Romero de Terreros y Vinent, *Hernán Cortés: Sus Hijos y Nietos, Caballeros de las Ordenes Militares*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1944. Primera edición en 1919.

141. Manuel Romero de Terreros y Vinent, *Los retratos de Hernán Cortés: estudio iconográfico*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1944.

De manera paralela al indigenismo, en la década de 1940 se formuló una corriente de pensamiento filosófico que pretendía reivindicar la capacidad creadora de la cultura mexicana y latinoamericana y cuestionaba la sumisión del continente frente a Europa y Estados Unidos. De esta forma, a los trabajos de Vasconcelos se sumaron las obras de Leopoldo Zea, *En torno a una filosofía americana* (1942) y el libro de Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950) al que hemos hecho referencia en la introducción y sobre el que volveremos en el capítulo siguiente.

El malagueño nacionalizado mexicano Juan Antonio Ortega y Medina fue, junto a Salvador de Madariaga, el exiliado español que más profundizó sobre la conquista de Tenochtitlan y la figura de Hernán Cortés. En 1936, con apenas veintitrés años, la guerra civil española le obligó a interrumpir sus estudios de historia. En 1941 llegó a México, país en el que vivió por el resto de su vida.¹⁴² Nacionalizado mexicano, fue en su país adoptivo donde desarrolló su carrera como historiador.¹⁴³ En 1943, tan solo dos años después de llegar a México, publicó *Ensayo sobre la conquista española. Sus antecedentes económicos, humanistas y de éstos en ella*,¹⁴⁴ en el que expresó un punto de vista bastante mesurado con respecto a Hernán Cortés. Para el exiliado, el motor que movía a los conquistadores no fue otro que la ambición desmedida de fama y riquezas. «El oro», expresó en su ensayo, «era uno de los impulsos máximos que los hacía moverse y llegar incluso a las mayores atrocidades, tal por ejemplo el tormento a Cuauhtémoc».¹⁴⁵

142. Combatió en el bando republicano y fue herido en varias ocasiones, pero consiguió huir de España antes de ser capturado.

143. Se doctoró en la UNAM en 1952 y se especializó en la historiografía de América, el Imperio español, la Reforma y contrarreforma y el absolutismo europeo. Publicó ensayos y trabajos historiográficos como *Humboldt desde México* (1960), *Polémicas y ensayos en torno a la historia de México* (1970) y *La idea colombina del descubrimiento de México (1836-1986)* (1987).

144. Como apuntan María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, esta obra se publicó como folleto y fue escrita al alimón con su compañero de estudios Manuel Jiménez Marín. Juan Antonio Ortega y Medina y Manuel Jiménez Marín, *Ensayo sobre la conquista española: sus antecedentes económicos, humanísticos y la proyección de éstos en ella*, México, Escuela Normal Superior, Sociedad de Alumnos, 1943. Usaremos la siguiente versión digital: Juan Antonio Ortega y Medina, «Descubrimiento y conquista» (volumen 6), en *Obras de Juan A. Ortega y Medina*, México, Edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, UNAM, 2016, p. 11. Puede consultarse en: https://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/658/descubrimiento_conquista.html

145. *Ibidem*, p. 229.

Ortega y Medina se mostró sorprendido por el fanatismo religioso de Cortés. Le parecía «increíble» el hecho de que un capitán, sin tener necesidad de ello, «se hubiese atrevido a construir un altar y a destrozár los ídolos del Alto Cu de Tenochtitlan». Como afirmó, la prudencia allí aconsejaba no hacer nada de más. De todos «menos de Cortés» se podía esperar la arrebatada locura que suponía destrozár los ídolos: «Locura heroica, astucia, acto teatral, sea lo que fuere, la más elemental prudencia aconsejaba en aquel instante el mayor comedimiento. Sin embargo, el fanatismo de Cortés se impuso sobre todas las razones».¹⁴⁶

A pesar del tono crítico hacia Cortés, el ensayista reprochó a los autores que solo quisieron ver «una sola faceta del conquistador», es decir: sus vicios, su rudeza, su crueldad e insaciable codicia. «Yerran por su determinismo histórico», afirmó el malagueño.¹⁴⁷ La causas que permitieron a Cortés conquistar México fueron, según su ensayo, la carencia de unidad política, económica, racial, religiosa y el momento «en vías de formación» del mundo indígena. «Qué equivocados están aquellos espíritus que creen ver en la superioridad de las armas el valor de la conquista. Qué representaba un puñado de hombres con métodos y prácticas de guerra ante multitudes avezadas en sangrientas batallas por ejercer el dominio entre sí».¹⁴⁸ Como veremos, el español nacionalizado mexicano se anticipó más de medio siglo a las teorías de otros estudiosos que restaron importancia a las armas españolas, como Enrique Semo, Esteban Mira Caballos o Federico Navarrete, por poner solo tres ejemplos de historiadores que analizaré más adelante.

En resumen, podemos afirmar que Ortega Medina defendió un punto de vista revisionista respecto de las acciones de los españoles y su superioridad tecnológica; pero al mismo tiempo propuso dejar de lado el nacionalismo y «superar en América esta etapa transitoria» para considerar a los conquistadores como verdaderos creadores de una nueva raza: «Critiquemos sus desmanes y depredaciones; pero no olvidemos, ni por un instante, que las más altas civilizaciones que fueron se han forjado a los golpes de la conquista».¹⁴⁹

146. *Ibidem*, p. 243.

147. *Idem*.

148. *Ibidem*, pp. 254-255.

149. *Ibidem*, pp. 232-233.

1.1.1. Carlos Pereyra. Pionero y apologeta

Un juicio muy generalizado, reproducido por Martín Quirarte, sostenía que el historiador mexicano Carlos Pereyra (1871-1942) fue un antiespañol radical durante su juventud en México, y que más tarde, en España, dominado por el resentimiento, se convirtió en el más «obcecado hispanista». Dicha anécdota, según Quirarte, carece de fundamento, ya que como cuenta en el prólogo de la biografía *Hernán Cortés* (1931), «Los gérmenes de una gran admiración a Portugal y a España están muy desarrollados desde que su vocación histórica comenzó a manifestarse antes de que efectuase su primer y único viaje a Europa».¹⁵⁰

No sabemos si fue la política –como en el caso de Vasconcelos– lo que cambió su mirada, pero lo que está claro es que este historiador coahuilense y convertido en figura señera de la corriente americanista, tuvo un recorrido ideológico complejo e interesante. Como afirma Priscila Pilatowsky, pasó de ser paladín del ensayo antiimperialista a criticar la Revolución mexicana, y más adelante, cuando se instaló en Madrid, se convirtió en un «entusiasta franquista».¹⁵¹

A lo largo de su vida, Pereyra fue abogado, profesor, diplomático e historiador, labor que comenzó atraído por la corriente positivista y por autores como Justo Sierra y Rafael Altamira.¹⁵² Escritores como Andrés Iduarte e historiadores como Eric Lobjeois lo calificaron de derechista reaccionario,¹⁵³ pero, como veremos, su obra escrita ofrece una mirada más compleja.¹⁵⁴

150. Martín Quirarte, «Prólogo», en Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, México, Editorial Porrúa, 2006, p. X.

151. Priscila Pilatowsky «Sobre historiografía americanista y un caballero de la hispanidad: Carlos Pereyra en España (1916-1942)», en *Revista de Indias*, 2018, vol. LXXVIII, núm. 273, pp. 561-592.

152. Pereyra combinó la escritura de la historia con la diplomacia: desde que estalló la Revolución mexicana ocupó cargos como encargado de Negocios en Cuba, miembro de la Academia de Ciencias Sociales y de la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, Primer Secretario de la Embajada de México en Washington y subsecretario de Relaciones Exteriores.

153. Eric Lobjeois y Clara Lida, *México y España en el primer franquismo, 1939-1950*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 163-198. Y Andrés Iduarte, *Pláticas hispanoamericanas*, México, Tezontle, 1951, p. 38.

154. Ya en su *Historia de Coahuila* (1909) Pereyra analizó el exterminio de los nativos del norte de Nueva España y el mismo año, durante un discurso, insistió en combatir el sentimiento

Su carrera diplomática lo llevó a Europa en 1913. En 1916 se mudó a Madrid y no volvió a México. Los tintes políticos que México estaba adquiriendo con la presidencia de Carranza no parecieron interesarle en absoluto. En la capital de España conoció al intelectual venezolano Rufino Blanco Fombona, impulsor de la Editorial América, en la que Pereyra publicó cuatro libros en solo dos años: *El mito de Monroe* (1916),¹⁵⁵ *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac* (1916),¹⁵⁶ *Bolívar y Washington* (1917)¹⁵⁷ y *El crimen de Woodrow Wilson* (1917).¹⁵⁸ En ellos el historiador trató de reivindicar a España e Hispanoamérica con un punto de vista muy crítico con el intervencionismo estadounidense.¹⁵⁹

Merece la pena detenerse en *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac* (1916), su primera obra sobre Hernán Cortés y, según hemos podido comprobar en esta investigación, la primera obra biográfica de corte historiográfico centrada en el conquistador en el siglo XX. Se trata de una versión más breve y divulgativa y menos documentada de la biografía finalmente publicada en 1931, pero en la que ya figuran las hipótesis que el coahuilense expresaría en su obra definitiva sobre los principales acontecimientos de la conquista.¹⁶⁰ El autor la dirige a «la juventud» para expresar los hechos históricos «en forma sencilla y breve, sin el aparato visible de la erudición».¹⁶¹ Percibimos en esta versión, no obstante, un tono más neutro y menos apologético que en la de 1931, sobre todo en las descripciones de la violencia llevada a cabo por los conquistadores: mientras que en 1916 describe «la ferocidad castellana» durante la matanza de Cholula,¹⁶² en 1931 haría hincapié en que los tlaxcaltecas y cempoaltecas «hicieron lo más grave de los daños sufridos por la ciudad».¹⁶³

de inferioridad de los mexicanos: «No, no somos un pueblo conquistado; no somos un pueblo inferior». Ángel Dotor, *Carlos Pereyra y su obra*, Madrid, Editorial Aguilar, 1948, pp. 28-29.

155. Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*, Editorial América, Madrid, 1916.

156. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la Epopeya del Anáhuac...*, 1916.

157. Carlos Pereyra, *Bolívar y Washington*, Editorial América, Madrid, 1917.

158. Carlos Pereyra, *El crimen de Woodrow Wilson*, Editorial América, Madrid, 1917.

159. Como afirmó Martín Quirarte, Pereyra se impuso la tarea de reivindicar lo hispanoamericano cuando «españoles tan ilustres como Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Ramiro de Maeztu, apenas acertaban a dar los primeros balbuceos sobre estos grandes temas». Martín Quirarte, «Prólogo», en Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, México, Porrúa, 2006, p. XXI.

160. La primera edición de la obra ampliada fue la siguiente: Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, Madrid, Editorial Aguilar, 1931. Usaremos la edición de 2006 anteriormente citada.

161. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la Epopeya del Anáhuac...*, p. 7.

162. *Ibidem*, p. 206.

163. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, p. 121.

En 1920 publicó *La obra de España en América*,¹⁶⁴ en la que defendió el prestigio de España contra la visión de varios historiadores anglosajones decimonónicos.¹⁶⁵ En 1929, tras haber escrito varias obras de síntesis basadas en la historia de Hispanoamérica, publicó *Las huellas de los conquistadores*,¹⁶⁶ libro en el que elaboró un estudio comparativo entre los distintos protagonistas de la conquista de América. En el mismo, confesó su predilección por Hernán Cortés, afirmando que su genio militar «le colocó entre los más ilustres capitanes de todos los tiempos».¹⁶⁷ En 1933, Pereyra editó y prologó *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (publicada en 1632) de Bernal Díaz del Castillo, una de las obras más citadas en sus textos sobre Cortés.¹⁶⁸

Para escribir su biografía, *Hernán Cortés* (1931), Pereyra recopiló materiales durante casi dos décadas.¹⁶⁹ A lo largo de su obra, el historiador optó por transcribir varias páginas enteras de los principales textos sobre la conquista—sobre todo pertenecientes a las *Cartas de relación* de Cortés y a la obra de Díaz de Castillo— con la premisa de que «hubiera sido imposible omitir una sola sílaba de lo transcrito, que nos permite ver a Cortés recorriendo el mercado, con atención escudriñadora, no sólo de viajero, sino de gobernante».¹⁷⁰

164. Carlos Pereyra, *La obra de España en América*, Editorial América, Madrid, 1920.

165. Pereyra encontraba una tendencia antiespañola (como el escocés William Robertson, el estadounidense William H. Prescott o el economista inglés William Cunningham). Pereyra criticó con énfasis al británico James Bryce, que habló «de los españoles pérfidos, de los españoles rapaces, de los españoles destructores» con una seriedad «que hace pensar si el desdén le quita sus dones de historiador, o si se habrá hecho historiador por una congénita aversión contra la historia». Carlos Pereyra, *La obra de España en América*, Madrid, Editorial M. Aguilar, 1930, pp. 11-12.

166. En esta obra Pereyra dejó por escrito la famosa frase: «los indios hicieron la conquista y los españoles la independencia». Carlos Pereyra, *Las huellas de los conquistadores*, México, Porrúa, 2005, p. 77. Es posible que tomara dicha frase de Vasconcelos.

167. Carlos Pereyra, *Las huellas...*, p. 217.

168. «Bernal nos lleva al interior del campamento y nos permite vivaquear con los soldados, a quienes acompañamos en sus fatigosas marchas, oyendo sus anécdotas, sus quejas, sus murmuraciones y sus planes de conquista, haciéndonos cargo de sus esperanzas, temores y engaños (...). El mérito de la obra consiste, por lo tanto, en la espontaneidad generosa que reproduce la vida sin preocuparse por los medios de expresión». Carlos Pereyra, «Prólogo», en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Espasa Calpe, 1933, p. 5.

169. Quirarte afirmó que Pereyra recopiló sus fuentes durante cinco años, pero la publicación de *Hernán Cortés y la epopeya de Anáhuac* en 1919 demuestra que el historiador llevaba más de una década investigando sobre la figura de Hernán Cortés. Martín Quirarte, «Prólogo»..., p. 27.

170. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, p. 142.

Percibimos en el autor coahuilense una clara crítica hacia la versión de Bartolomé de las Casas, reivindicada desde el siglo XIX por el ideario indigenista: «Toda la falsificación lascasiana», advirtió Pereyra, «consiste en haber creado un indio ideal, pacífico, ocupante de un territorio que cultivaba con el sudor de su rostro».¹⁷¹

Por lo que hemos podido comprobar a lo largo de esta investigación, Pereyra fue el primer historiador que analizó y profundizó en un malentendido convertido en leyenda: la quema de las naves, episodio que ya había abordado en su edición de 1916.¹⁷² En agosto de 1519, cuando Cortés decidió dejar la costa de Veracruz y avanzar tierra adentro hacia Tenochtitlan, acordó, junto al resto de sus hombres, barrenar las naves con el objetivo, según Pereyra, de impedir la desertión, aumentar el efectivo y conservar la moral del ejército.¹⁷³ Es decir, desmontó las diez naves, pero no las quemó, como dice la leyenda.¹⁷⁴

La obra de Pereyra se explaya en otras escenas interesantes, como los espectáculos que Cortés montó ante las primeras comitivas enviadas por

171. Carlos Pereyra, *Las huellas de los conquistadores*, Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1942, pp. 233-234.

172. Pereyra dedicó un episodio entero de 20 páginas a este asunto: «La destrucción de las naves». Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, pp. 86-106.

173. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, p. 195.

174. Sobre el porqué de la confusión entre quemar y barrenar, el coahuilense no añadió nada, y no fue hasta la publicación del *Hernán Cortés* de José Luis Martínez en 1990, cuando apareció una explicación rigurosa sobre el tema. La fábula de la quema, según Martínez, apareció a mediados del siglo XVI: probablemente el origen sea una de las pinturas que ornaban el Túmulo Imperial de las exequias de Carlos V, pintura que Francisco Cervantes de Salazar (1513-1575) describió en su obra *Diálogo sobre la dignidad del hombre* (1546), dedicada a Cortés. Cervantes de Salazar escribió: «Los navíos en que (Cortés) pasó, quemados y echados al través». Francisco Cervantes de Salazar, *Obras que Francisco Cervantes de Salazar ha hecho glosado y traducido*, Alcalá de Henares, Casa de Juan de Brocar, 1546. Citado por José Luis Martínez, *Documentos cortesianos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, tomo IV, p. 349. En su libro, *La conquista de México* (1993), Hugh Thomas añadió que quizás la confusión se debió a que Cervantes de Salazar pudo leer el vocablo «quebrado», presente «en los primeros documentos», y confundirlo con «quemando», debido a la mala letra del escribano. Hugh Thomas, *La conquista de México...*, p. 313. Según otro biógrafo del extremeño, Juan Miralles, el origen de la leyenda no pudo ser ese texto de Cervantes de Salazar, ya que tuvo muy escasa difusión, sino otro texto del criollo Juan Suárez de Peralta (1541-1613) que, en su libro *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista*, fechado en 1589, detalló el suceso más extensamente, afirmando que Cortés «determinó de tratarlo con dos o tres amigos, sin que nadie lo entendiese, y que se pusiese fuego a los navíos y que se quemasen». Miralles no demostró ni citó ninguna fuente que corrobore la escasa difusión del texto de Cervantes de Salazar. Juan Miralles, *Hernán Cortés...*, p. 112.

Moctezuma. Llama especialmente la atención la escena narrada por Bernal Díaz del Castillo en la que Cortés exhibió un caballo en celo relinchante y disparó cañones para impresionar y aterrorizar a los indígenas.¹⁷⁵ Pereyra elogió el detallismo de Díaz del Castillo y criticó el tono épico de la obra de Francisco López de Gómara: «Con testigos como Bernal Díaz no habría leyendas. Desgraciadamente, por un Bernal Díaz, hay millares de alucinados o sugestionados, y centenares de Gómaras, pulidos retóricos, crédulos o interesados que prostituyen la verdad».¹⁷⁶

Pereyra no resistió la tentación de novelar algunas escenas, insertando diálogos imaginarios basados en la crónica de Bernal Díaz del Castillo.¹⁷⁷ Cortés y Díaz del Castillo no fueron las únicas figuras que merecieron los elogios de Pereyra. Sobre Malinche, el historiador afirmó que fue un personaje «legendario», pero advirtió que sus únicos hechos históricos conocidos son los que vivió al lado de Cortés. El coahuilense especuló con gran perspicacia sobre el origen de su nombre:

175. Esta anécdota fue relatada por Bernal Díaz del Castillo en el capítulo XXXV de su obra.

176. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, p. 70.

177. El Cortés de Pereyra, «hombre de genio alegre y amante de bromas, se dirige a los suyos de la siguiente forma: «¿Sabéis, señores, que me parece que estos indios temerán mucho a los caballos y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra, y ansimismo las lombardas? He pensado una cosa para que mejor lo crean, y es que traigan a la yegua de Juan Seldeño, que parió el otro día en el navío, y atalla allí adonde yo estoy, y que traigan al caballo de Ortiz el músico que es muy rijoso (...). E ceben un tiro, el mayor, con una buena pelota y bien cargado de pólvora, e ponello han enfrente del aposento (...). En eso se trajo al caballo, que relinchaba y miraba con ojos encendidos, en busca de la yegua. El espanto de los caciques renació. Cortés se dirigió al caballo, acariciándole y mandando que se lo llevarsen. Después de esto volvió el rostro a los indios, y les dijo que ya le había quitado el enojo explicándole la buena intención de paz con que ellos venían». *Ibidem*, pp. 70-71. Merece la pena reproducir aquí, para cotejar las diferencias, el famoso fragmento de Bernal Díaz del Castillo, perteneciente al capítulo XXXV: «Y en aquel instante trujeron el caballo, que había tomado olor de la yegua, y átanlo no muy lejos de donde estaba Cortés hablando con los caciques; y como la yegua la habían tenido en el mismo aposento a donde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo y relinchaba y hacía bramuras, y siempre los ojos mirando a los indios y al aposento adonde había tomado olor de la yegua. Y los caciques creyeron que por ellos hacía aquellas bramuras, y estaban espantados. Y des que Cortés los vio de aquel arte, se levantó de la silla y se fue para el caballo, y mandó a dos mozos de espuelas que luego le llevarsen de allí lejos; y dijo a los indios que ya mandó al caballo que no estuviese enojado, pues ellos venían de paz y eran buenos». Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Historia 16, 1984, pp. 152-153.

Se ignora si al bautizarla le pusieron Marina por analogía con el nombre Malinali que ella llevara en su gentilidad, o si los indígenas la llamaron Malintzin en razón de analogía con el nombre español de la esclava. El hecho es que para los indígenas fue Malintzin y que los españoles, a su vez, la llamaron Malinche, estropeando aquel nombre.¹⁷⁸

Como veremos más adelante, historiadores que publicaron en los años noventa, como Hugh Thomas o José Luis Martínez cayeron en un error que Pereyra sorteó: afirmar de forma rotunda que el nombre indígena de Malinche fue Malinalli y que fue bautizada como Marina por su similitud con el nombre original. Más recientemente, Camilla Townsend demostró en 2006 que esa «es una hipótesis insostenible», ya que «los españoles no acostumbraban a entrevistar a sus esclavos indios para encontrar un nombre europeo que les conviniera en particular».¹⁷⁹

El citado historiador, Martín Quirarte, afirmó que Pereyra acometió la biografía del extremeño evitando cualquier matiz de apología.¹⁸⁰ Pero esta afirmación no es cierta: Pereyra siempre justificó las acciones de Cortés, le ensalzó en todo momento y le retrató como a un humanista mesurado que solo usaba la violencia para defenderse. Para el autor (que sigue en todo momento la versión de las *Cartas de relación*), la matanza de Cholula fue la respuesta lógica de los españoles ante el complot indígena. Los peores estragos de dicha matanza, añadió, fueron causados por los tlaxcaltecas: «Los tlaxcaltecas y cempoaltecas, sobre todo los primeros, que tenían rencillas con los cholultecas, hicieron lo más grave de los daños sufridos por la ciudad».¹⁸¹

Las fascinadas descripciones de la ciudad de Tenochtitlan escritas por Cortés y Díaz del Castillo son los fragmentos más citados y comentados por los historiadores. Pereyra, sin embargo, no compartió la admiración de los expedicionarios hacia la capital mexicana.¹⁸² Para el mexicano, Bernal exageró y entregó «ingenuamente sus impresiones a la posteridad»:

178. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, p. 72.

179. Camilla Townsend, *Malintzin, una mujer indígena en la Conquista de México*, México, Ediciones Era, 2015, p. 31.

180. Martín Quirarte, «Prólogo»..., p. XXXIII.

181. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, pp. 127-129.

182. Veamos primero, brevemente, uno de los fragmentos más famosos de la crónica de Díaz del Castillo, la descripción del lago rodeado de ciudades, perteneciente al capítulo LXXXVII: «Nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua,

Tenochtitlan halagaba la vista de los españoles en primer lugar, porque siendo los descubridores de una maravilla, necesariamente la encomiaban más allá de los límites que pusiera un sentido crítico y afinado, y después, porque todos venían de villorios antillanos, que les servían de término de comparación (...). A pesar de su tosca arquitectura, la gran Tenochtitlan aparecía como un islote sonriente.¹⁸³

Contrario al idealismo indigenista que los muralistas plasmaron en sus obras, Pereyra describió una arquitectura tosca, de «pesadez bárbara» y sin gracia, con casas sin vidrieras, e incómodos interiores.¹⁸⁴ Salvo en este punto, su biografía sigue los sucesos de la conquista sin apartarse en lo esencial de la versión que dio Bernal Díaz y el mismo Cortés «con precisión y exactitud».¹⁸⁵ Acontecimientos como la destrucción de los ídolos por parte del extremeño, el apresamiento de Moctezuma, la victoria de Cortés sobre Narváez,¹⁸⁶ la huida durante la Noche Triste, la destrucción de la ciudad y la muerte de Cuauhtémoc,¹⁸⁷ son narrados a través de sendas fuentes primarias

y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como víamos». Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. 1, Madrid, Historia 16, 1984, p. 311.

183. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, pp. 134-138.

184. *Ibidem*, p. 139. Hay que apuntar que Pereyra coincidió con las cifras que barajará Matthew Restall (2018) al calcular su población en un máximo de unos 60 000 habitantes. Este dato ya estaba en su versión de 1916. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la epopeya...*, p. 219. Según Matthew Restall, «el área metropolitana» de la capital mexicana tendría 350 000 habitantes, sin embargo, la ciudad lacustre «no podría haber albergado a tantos cientos de miles de residentes; más bien fueron algo así como 60 000». Matthew Restall, *Cuando Moctezuma...*, pp. 379-380.

185. *Ibidem*, p. 179.

186. Pereyra reescribió un diálogo entre Cortés y Narváez basado en el relato de Gómara: «—Señor capitán Cortés —dijo Narváez— tened en mucho esta victoria y el haberme por preso. —Doy gracias a Dios —respondió Cortés— y a mis esforzados caballeros, más una de las menores cosas que he hecho en esta tierra es desbarataros y prenderos». Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, p. 164. Gómara lo escribió de forma más simple. «Él (Cortés) le respondió: Lo menos que yo he hecho en esta tierra, es haberos prendido». En Francisco López de Gómara, *La conquista de México...*, p. 232.

187. Pereyra citó el capítulo CLVII del libro de Bernal Díaz del Castillo, en el que el valli-soletano afirmó que: «Cortés no quería que prendiesen al Guatemuz, ni le prendiesen sus capitanes, ni diesen tormentos». Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera* (vol. 1)..., p. 122. En Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, p. 207.

citadas, sin dudar sobre su veracidad ni aportar hipótesis o dudas al respecto. El autor se limitó a añadir comentarios ensalzadores sobre la exitosa campaña de Cortés: «La expedición había sido un libro de caballería desde noviembre hasta abril; de abril a julio una epopeya; de julio a diciembre se volvió práctica y cautelosa».¹⁸⁸

A pesar de que los textos de Cortés y Díaz del Castillo son las fuentes más usadas, a la hora de narrar la muerte de Moctezuma, Pereyra tuvo a bien mencionar las fuentes indígenas. Aludió al libro de fray Bernardino de Sahagún: *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1540-1585), al que, no obstante, definió como una «leyenda indígena» recogida por frailes, según la cual Moctezuma fue apuñalado por Cortés: «Bien cotejados y puestos en claro todos los testimonios podría decirse que no sabemos cómo murió Moctezuma, pero de ningún modo afirmarse que lo asesinaron los españoles. Esto nadie podrá demostrarlo».¹⁸⁹

Con respecto a la muerte de Catalina Juárez, esposa de Cortés –quien fue acusado de asesinarla en el juicio de residencia de 1529– Pereyra creyó firmemente en la inocencia del extremeño y calificó el cargo de absurdo.¹⁹⁰ Al igual que Gómara y Díaz del Castillo, el mexicano dedicó uno de los últimos capítulos –titulado «El Marques del Valle»– a la descripción del conquistador, en la cual incluyó todos los elogios físicos que le adjudica Gómara: vigoroso, de buena estatura, membrudo, alto de pecho, de ojos amorosos y graves. También le atribuyó otras virtudes inspiradas en el texto de Bernal: «Su latín, sus coplas –muchas de ellas improvisadas por él–, su historia romana, su retórica pulida y la apacibilidad con la que platicaba, le aseguraban el dominio sobre el auditorio».¹⁹¹

Hay un último punto en el que Pereyra discrepó de la versión de Bernal Díaz del Castillo: la narración de la muerte de Cuauhtémoc. El citado soldado

188. *Ibidem*, p. 178.

189. *Ibidem*, p. 171.

190. Según Pereyra, «Cortés, que estaba solo con ella, pidió auxilio, y los que acudieron la encontraron muerta. La acusación de uxoricidio que se hizo contra Cortés, andando el tiempo, no descansa en hechos comprobados, y tiene todos los caracteres de un cargo no sólo calumnioso sino absurdo, pues el imaginario crimen sólo podría explicarse como un arrebató pasional, incomprensible en un hombre como Cortés». *Ibidem*, p. 223.

191. En el capítulo CCIV, Bernal, afirmó que Cortés «era latino», que cuando hablaba con letrados «respondía a lo que decían en latín» y que «era algo poeta, hacía coplas en metros e en prosas; y en lo que platicaba lo hacía muy apacible». En Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...* (vol. 2), pp. 420-421.

y cronista, en el capítulo CLXXVII de su obra, relató con detalle el ahorcamiento del último tlatoani, que Cortés decretó «sin haber más probanzas» tras ser informado de un supuesto plan de rebelión. Díaz del Castillo, normalmente elogioso con Cortés, se mostró más crítico que en ninguna otra ocasión: «Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal a todos los que íbamos aquella jornada».¹⁹² Pereyra, por el contrario, consideró que Bernal se expresaba de un modo terminante e injusto hacia Cortés, confundiendo «la justicia con la necesidad». El historiador coahuilense justificó la ejecución ordenada por el extremeño, ya que la amenaza era «inminente» y el capitán era responsable de dos centenares de españoles perdidos en la selva y hambrientos: «No podía disimular ni castigar a medias. O cortaba la cabeza de la rebelión o entregaba la suya, juntamente con la de sus compañeros. Los biógrafos, puestos en la situación del biografiado, no hubieran hecho acaso, sino lo que le reprochan».¹⁹³

Hispanófilo confeso, para Pereyra fue Cortés y no Cuauhtémoc, el representante de la nacionalidad mexicana; un hombre que trajo a América lo mejor de Europa y destruyó «la irredimible barbarie que, especialmente en México, tenía caracteres de horripilante ferocidad».¹⁹⁴ En sus palabras se trasluce el innegable anti-indigenismo que influyó las citadas obras de Vasconcelos.

El coahuilense, por lo que hemos podido cotejar, fue el primer historiador del siglo XX que atribuyó a Cortés un carácter mexicano: puntualizó que ni el extremeño ni los otros conquistadores se sentían parte de la España peninsular: «¿Cómo no pueden ser americanos aquellos hombres? Cortés cumplió los veinte años en la isla Española y cuando salió de Cuba para ir a México ya nada le quedaba de la patria de origen». El autor cimentó su teoría en el testamento del conquistador, donde este pidió que se trasladasen sus huesos a México.¹⁹⁵

Cuando Pereyra publicó su biografía definitiva en 1931, en México los huesos del conquistador aún permanecían ocultos en la iglesia aldeaña al Hospital de Jesús. Tras hacer un repaso a los sucesivos entierros y mencionar el

192. Díaz del Castillo dio cuenta de la valentía y la honra del mexica, que antes de morir declaró: «¡oh, Malinche: días había que yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar e había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia! Dios te la demande, pues yo no me la di cuento te me entregaste en mi ciudad de México». Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...* (vol. 2), pp. 277-278.

193. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, p. 237.

194. *Ibidem*, p. 274.

195. *Ibidem*, pp. 280-283.

paradero secreto y desconocido en el que Lucas Alamán escondió los restos del conquistador en 1836, Pereyra se quejó del desprecio mexicano por Cortés y se refirió, sin citarlo directamente, a Diego Rivera, al que acusó de exagerar las matanzas de Cortés en el Palacio de Cuernavaca para complacer a sus mecenas «yanquis»:

(...) el pintor oficial del gobierno mexicano, o antimexicano, emprendía a expensas del millonario embajador de Estados Unidos un metódico aprovechamiento de los muros del palacio de Cuernavaca. Los pinceles rabiosos y los dólares yanquis pusieron allí la ofrenda de odio que podía complacer a Huichilobos de la sinistra política amparada por el gobierno de Washington.¹⁹⁶

Pereyra terminó su biografía reivindicando al conquistador, no solo como padre de la patria, sino como precursor del México independiente.

La independencia nació con la conquista. Y es de notar que tuvo expresión en una literatura de valor universal, como los hechos mismos que narra. (*sic*) Cortés con sus *Cartas de relación* y Bernal Díaz del Castillo con su *Verdadera historia* (...). Debemos ver en ellos la fe de bautismo de una patria.¹⁹⁷

En conclusión, y en lo tocante a las cuestiones que tratamos de resolver en esta investigación, constatamos que la obra de Carlos Pereyra ofrece una visión sumamente apologética de Cortés, reivindicándole como padre de la nacionalidad mexicana, un portento de energía, genio militar y gran escritor, que nunca quiso hacer el mal a Moctezuma ni a Cuauhtémoc, sino fundar una nueva nación mestiza, pero con la hispanidad como bandera.

Podemos afirmar que la obra del historiador mexicano ha perdido su vigencia debido al tono sesgado y encomiástico y al simplismo metodológico. Pero como afirma Martín Quirarte, no podemos negar que Pereyra escribió la primera biografía pormenorizada del siglo XX sobre Hernán Cortés y, de alguna forma, abrió la puerta al resto de los historiadores.¹⁹⁸ Una obra enmarcada en la hispanofilia, pero lúcida y perspicaz a la hora de interpretar cuantiosas fuentes textuales (previamente consultadas en los archivos y bibliotecas españoles) y de atender y destacar algunos de los aspectos más interesantes de las mismas.

196. *Ibidem*, p. 280.

197. *Ibidem*, p. 284.

198. Martín Quirarte, «Prólogo»..., p. XXXIV.

Pereyra defendió la mexicanidad de Cortés y al mismo tiempo reivindicó la hispanidad y la cultura occidental como camino de progreso para México; difícil equilibrio que sin duda ayudó al autor a la hora de ganarse al público lector tanto español como mexicano, y al mismo tiempo le salvó de caer en el ostracismo cultural de la España franquista.¹⁹⁹

1.2. ESPAÑA. LA REPÚBLICA, LA GUERRA CIVIL Y EL PRIMER FRANQUISMO

Cuando se proclamó la Segunda República en 1931, buena parte de la intelectualidad afin al nuevo régimen reforzó su interés por la causa marxista y revolucionaria. Se acentuaba así una paulatina politización de la cultura española, que apelaba a los escritores como «portavoces de la conciencia colectiva».²⁰⁰ En 1936 los militares apoyados por los monárquicos y la extrema derecha protagonizaron un levantamiento, tras el cual estalló la guerra civil española. El asesinato del poeta Federico García Lorca el 18 de agosto de 1936 estremeció a los intelectuales de Europa y América. Escritores y artistas de todo el mundo se solidarizaron con el bando republicano, firmando manifiestos, colaborando en publicaciones periodísticas e, incluso, viajando a España para apoyar codo a codo a los milicianos. La causa republicana significaba para ellos la defensa de la cultura a nivel mundial.

La actitud de los escritores españoles hacia América no fue ni mucho menos unánime: Pío Baroja se mostró despreciativo²⁰¹ y Ramiro de Maeztu fue

199. Como afirmó Pilatowsky: «Esta facultad conciliadora le atrajo aplausos y un lugar privilegiado en instituciones académicas de España. Pero más allá, lo salvó de la suerte que padeció una gran parte de la intelectualidad en este país». Priscila Pilatowsky «Sobre historiografía americanista»..., pp. 561-592.

200. En 1936, la victoria del Frente Popular en España consolidó la postura revolucionaria. El Gobierno del Frente Popular, a pesar de su oposición al centralismo, seguía centrado en dar al pueblo un impulso patriótico. Su misión educativa estaba centrada en divulgar la obra de autores como Cervantes, Tirso de Molina y Galdós. Como afirmó José Álvarez Junco, «no se trataba de hacer de los aldeanos unos seres “culto”, sino de darles “cultura española”». Tanto el bando republicano como el autodenominado «nacional» decían representar a la «verdadera España» y creían estar luchando contra un enemigo exterior. Sin embargo, los republicanos diluían el nacionalismo entre otras causas como la igualdad, el progreso y la libertad. Por contra, el discurso franquista se concentró mucho más en la nación y en la identificación de esta con el catolicismo. José Álvarez Junco, *Dioses Útiles. Naciones y nacionalismos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 183.

201. Pío Baroja mostró una especial agresividad hacia América, a la que denominó «el continente estúpido». El intelectual mexicano Alfonso Reyes se refirió a este episodio y reflexionó

el mayor legitimista de la hispanidad y la conquista: en su obra *En defensa de la hispanidad* (1934) afirmó que no hay en la historia universal una empresa comparable a la conquista.²⁰²

Los intelectuales afines al bando republicano, con importantes excepciones como Claudio Sánchez Albornoz, fueron el sector más crítico con el nacionalismo españolista, con la España Imperial y con la conquista de América. Quizás por ello muy pronto entraron en sintonía con los escritores mexicanos. En este sentido, destacó el gallego Ramón María del Valle Inclán, que escribió en contra de los mismos españoles radicados en México, muchos de los cuales se sentían superiores social y culturalmente al pueblo mexicano. El gallego escandalizó a la comunidad española con sus ataques al «gachupín» prepotente y su abierto apoyo a la Revolución mexicana. En sus obras, describió la corrupción y la acumulación de riquezas de los «representantes de la España de pandereta» en el Nuevo Mundo. Su novela *Tirano Banderas* (1926) está plagada de alusiones al carácter prepotente y jactancioso de los españoles.²⁰³

La visión de Valle-Inclán, no obstante, fue más bien una excepción. Las figuras más influyentes, como Ramiro de Maeztu, José Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno, mantuvieron una visión apologética con respecto a la conquista. En su obra *La España invertebrada*, Ortega y Gasset afirmó que la colonización de América fue «lo único verdadero, substantivamente grande que ha hecho España» e insistió en la importancia de la colonización: «Lo importante, lo maravilloso, no fue la Conquista –sin que yo pretenda mermar a ésta su dramática gracia–; lo importante, lo maravilloso fue la colonización».²⁰⁴

sobre el desinterés y el desdén con el que Baroja «este hombre a todas luces extraordinario» se refirió a su continente. Reyes describió a Baroja como un hombre de ideas elementales y naturaleza bronca y justificó su desprecio citando su sinceridad, su honradez y su independencia. Termina elogiando su estilo sobrio, desnudo y ejemplar: «No puede quererse a España sin querer a Pío Baroja. Y yo quiero a España». Héctor Perea (ed.), *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 491-492.

202. Ramiro de Maeztu, *En defensa de la hispanidad*, Madrid, Homo Legends, 2011. Primera edición en 1943.

203. En uno de los fragmentos, un español empeñista descarga su furia contra una niña indígena que maldice su patria: «Para mentar a mi tierra, límpiame la lengua contra un cardo. No amolarla, hijita, que si no andáis con plumas se lo debéis a España». Ramón María del Valle-Inclán, *Tirano Banderas*, Madrid, Ediciones Diario El País S.L., 2002, p. 27 y 120. Primera edición en 1926.

204. Ortega y Gasset culpaba del desastre español a los visigodos por no vigorizar la civilización romana. José Ortega y Gasset, *La España invertebrada*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1975, pp. 152-153. Primera edición en 1921.

El ejemplo más paradigmático fue el intelectual vasco Miguel de Unamuno, quien, a pesar de su hostilidad hacia el nacionalismo, defendió el nombre de España contra la llamada leyenda negra americana. Fue, además, uno de los primeros escritores que subrayó la importancia literaria de la obra de Bernal Díaz. En un texto publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 21 de agosto de 1921, escribió: «Se oye en esta *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España* la voz de Bernal Díaz del Castillo, como si sonase al aire libre y a la luz del sol, llevada por el aire sutil de la meseta castellana y de la mejicana».²⁰⁵ En 1921, Unamuno publicó un texto en *El Liberal*, «Nuestro gran amigo Chichimecatecle», en el que censuró duramente la obra de Bartolomé de las Casas: «Era un desatinado revolucionario, sin espíritu alguno de edificación, energúmeno de la justicia y, por ende, ¡claro!, muy imperfecto patriota».²⁰⁶

En 1939 la derrota de la República provocó una ruptura desgarradora con las tendencias renovadoras que estaba experimentando la historiografía de mano de Ramón Menéndez Pidal y la creación del Centro de Estudios Históricos (1907) y la proliferación de nuevas cátedras de Historia Antigua y Medieval.²⁰⁷ La producción cultural, el sentimiento nacionalista y la mirada hacia el pasado histórico, mutaron para siempre.²⁰⁸

De entre los trabajos cortesianos escritos desde 1916 hasta 1948 destaca el del gallego exiliado en México, Ramón Iglesia (1905-1948), que en 1942

205. Miguel de Unamuno, «Bernal Díaz del Castillo», en *Obras Completas*, vol. III, Madrid, Escelicer, p. 1028. En uno de sus artículos, firmado en Salamanca el 26 de octubre de 1892 en *El Nervión* de Bilbao y titulado «La equis intrusa», Unamuno comparó el nacionalismo vasco con el mexicano. Criticó la intrusión de la letra equis en la literatura mexicana y la tachó de «prurito nacionalista» y de «desahogo infantil» equiparable al que conducía a los vascos a escribir Bizkaya con la letra ka, solo para enfatizar que «el vascuence es un idioma de distinta estirpe que el castellano y no emparentarlo con él». Miguel de Unamuno, *Obras completas*, vol. IV, Madrid, Escelicer, 1966, p. 570. La polémica de la jota española y la equis náhuatl se acentuó tras la Revolución mexicana. En 1915, Valle-Inclán hizo un guiño a los nacionalistas mexicanos en su conferencia en el Ateneo madrileño: «Resolví irme a México porque México se escribe con x». Ramón María del Valle-Inclán, *Todo Valle-Inclán en México*, México, Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, 1992, p. 130.

206. Héctor Perea (ed.), *España en la obra de Alfonso Reyes...*, p. 1064.

207. Véase: Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002. Y: Martín Ríos Saloma, *La Reconquista en la historiografía española contemporánea*, Madrid, Sílex, 2013, p. 71.

208. Véase: José María López Sánchez, *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013.

publicó la obra *Cronistas e historiadores de la conquista de México: el ciclo de Hernán Cortés*.²⁰⁹ Iglesia había sido capitán en el bando republicano, motivo por el cual se vio obligado a huir a México tras la victoria de Franco. En 1939 desembarcó en Veracruz a bordo del Sinaia y muy pronto se integró en la historiografía mexicana, trifurcada por tres escuelas: la tradicional, heredera de las tendencias románticas del XIX; la neo-positivista, de tendencia científica y capitaneada por Silvio Zavala; y la filosófica o relativista, representada por José Gaos y Edmundo O’Gorman.²¹⁰ Es con este último historiador con el que Iglesia se relacionó de forma más intensa, proponiéndose estudiar a los cronistas de Indias con perspectiva, pero también con simpatía o comprensión y haciendo gala de una prosa bella y filosófica. Con este propósito emprendió un trabajo sumamente interesante en el que analizó con lucidez las obras de Gómara y Díaz del Castillo. El capítulo que dedica a Cortés no es tan interesante y riguroso, pero merece un breve análisis: destacó su tono «mesurado, ecuánime, impasible» y «sobrio, sereno, escueto», sin rastro de «desbordamiento, de exaltación, de una pasión y un ímpetu que nos hubieran parecido perfectamente explicables, necesarios incluso».²¹¹ Como vemos, el tono de Iglesia roza en este caso lo apologético: deja ver su admiración por el conquistador al considerar sobria una narración en la que la mayoría de los historiadores (y el mismo Bernal Díaz del Castillo) destacaron el egocentrismo del extremeño. Iglesia no duda de que el extremeño apresó al tlatoani —«nada puede extrañarnos que a un hombre así se le ocurra poner en prisión a Motezuma»— e insiste: no concedió «la menor importancia a lo que hace (...) se la da, a lo que ve». México es para Cortés una «ilusión» de la que se enamora y que trata de poseer y disfrutar, no de destruir: «La admiración, el amor por las tierras que ha descubierto, determinan toda su política». Iglesia concede que pecó de «exceso de impaciencia» y cometió algunos actos «impolíticos» y «premáticos» (como la destrucción de los ídolos), de «crueldad» (como la masacre en Cholula) y de un «exclusivismo total» en su empresa (que le lleva a ignorar a sus compañeros en sus cartas).²¹²

209. Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México: el ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1942.

210. Salvador Bernabéu Albert, «La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905-1948)», en *Revista de Indias*, 2005, vol. LXV, núm. 235, pp. 755-772.

211. Ramón Iglesia, *Cronistas...*, p. 36.

212. *Ibidem*, pp. 41-52.

Es loable el intento del historiador por desentrañar la mentalidad y los propósitos del conquistador. Sin embargo, su análisis peca de un exceso de simpatía hacia el personaje y los elogios —«buen jefe militar», «sincero», «extremadamente previsor»— se suceden hasta el final. Hay que destacar que Iglesia es el primer historiador que percibe un cambio en el talante de Cortés tras la huida de la Noche Triste: si antes buscaba «la incorporación pacífica», a partir de entonces piensa que la única manera de recuperar las tierras es someter a los indígenas «por el terror y la fuerza».²¹³ Cortés desencadenó la matanza en Tenochtitlan con «dolor» y «pena» y una vez vencida la resistencia recobró «la sobriedad habitual», «su tono modesto» y su intención de evitar el desastre de las Antillas y conseguir «la conservación de los indios».²¹⁴ Finalmente, Iglesia lamentó que tanto los contemporáneos de Cortés como los historiadores posteriores «hasta el día de hoy» se dedicaron a enumerar sus defectos, por ello pidió que no se olvidase un factor esencialísimo: «el amor y la estimación de que gozaba entre los indios». Como aseguró, existen muchas pruebas de ello y citó, entre otras, un testimonio del juicio de Residencia de 1529 en el que Cristóbal de Ojeda certificó que los indios le «querían bien» y «facían lo que él les mandaba de muy buena voluntad».²¹⁵

Vemos pues, que Iglesia, a pesar de su tono encomiástico fue un pionero a la hora de tratar de esbozar la mentalidad del conquistador investigando los pleitos judiciales que, como veremos más adelante, supondrán un campo riquísimo para los historiadores de finales de los siglos XX y XXI, especialmente para José Luis Martínez y María del Carmen Martínez Martínez.

En este periodo destacaron otros tres historiadores de distintas tendencias ideológicas. El primero, cronológicamente, es el sevillano Ángel de Altolaquirre y Duvale (1857-1939), militar, escritor y uno de los primeros españoles americanistas que investigó la conquista de México con cierta profundidad. Su obra se enmarca en la tradición españolista y reivindicativa del pasado imperial tan frecuente a partir de 1939, sin embargo, su carrera académica da cuenta de una labor investigativa interesante y loable.²¹⁶

213. *Ibidem*, pp. 53 y 60.

214. *Ibidem*, pp. 61-87.

215. *Ibidem*, pp. 89-90.

216. Duvale perteneció a una fecunda tradición de historiadores militares de la Restauración de finales del siglo XIX. Se licenció en Derecho Civil y Canónico por la Universidad de Sevilla y comenzó su carrera publicando biografías de grandes personajes. Desde 1905, ingresó a la Real Academia de la Historia y se centró en los estudios hispanoamericanos. Altolaquirre

Salvat Editores publicó en 1936 la obra *Descubrimiento y conquista de México*.²¹⁷ El historiador hispalense se centró en la conquista de México y en la obra del conquistador extremeño desde un punto de vista decididamente antilascasiano.²¹⁸ Los textos de Cortés y Bernal Díaz del Castillo guían la mirada del autor, representada en los títulos de los capítulos, tan tendenciosos como «La perfidia de Moctezuma»²¹⁹ o «Veracidad de las cartas de Cortés».²²⁰

La narración, resta decirlo, sigue casi punto por punto la versión cortesiana y tilda la interpretación de las Casas de absurda, vil, reprochable y calumniosa.²²¹ Con respecto a la matanza de Cholula, Altolaquirre aclaró que los españoles actuaron en defensa propia ante un posible exterminio. Para el sevillano, que en ocasiones parecía escribir como militar, la situación sería muy crítica, por no decir desesperada, y por ello se tuvo que reprimir el estallido «del movimiento insurreccional».²²²

llevó a cabo varias investigaciones sobre personajes del descubrimiento y la conquista de América como Cristóbal Colón y Pedro de Alvarado. Su trabajo más reconocido fue el dedicado a *Vasco Núñez de Balboa* (1914). A partir de 1920 se centró en editar fuentes documentales de historia americana como el Índice General de los Papeles de Indias (1923-1924) y el *Código Gobernación espiritual y temporal de las Indias* (1927-1932), labor encomiable que aún hoy resulta útil a los historiadores americanistas.

217. Ángel de Altolaquirre Duval, *Descubrimiento y conquista de México*, Madrid, Salvat, 1936. Usaremos la edición de 1956.

218. Uno de los aspectos más interesantes a nivel historiográfico es el estudio introductorio de fuentes, escrito por el historiador hispano-italiano Antonio Ballesteros y Beretta (1880-1949). En el mismo se comentan las cartas de Cortés, que, a ojos de Ballesteros, «emanan sinceridad», la crónica de Bernal, de estilo «popular, espontáneo, desaliñado y vivaz» y los libros de Gómara, Fernández de Oviedo y otros autores cortesianos. Ballesteros y Beretta también hizo mención a la obra de Las Casas, cuyo «celo desorbitado hacia la raza indígena» —que el italiano definió como «tribu bárbara de la edad de hierro»—, le impidió comprender «el heroísmo de los conquistadores». Además de las obras citadas, el autor comentó los textos de Motolinía, Sahagún, Torquemada e incluso fuentes indígenas como los textos de Fernando de Alba Ixtlilxóchitl (1578-16) y Francisco de San Antón Muñoz Chimalpahin (1579-1660), entre otros. Un compendio ingente y muy completo, teniendo en cuenta que se trata de una publicación española de los años cincuenta, pero siempre marcado por la parcialidad ideológica y el tono españolista tan propio de la época. Antonio Ballesteros y Beretta, «Introducción. Las fuentes», en Ángel de Altolaquirre Duval, *Descubrimiento y conquista de México*, Madrid, Salvat, 1954, pp. 1-57.

219. Ángel de Altolaquirre Duval, *Descubrimiento...*, p. 205.

220. *Ibidem*, p. 265.

221. *Ibidem*, p. 165.

222. *Ibidem*, p. 162.

Altolaquirre, sin embargo, no retrató a Moctezuma como un cobarde, sino como un disimulado estratega: «Las esplendideces y su trato afectuoso con los españoles solo se explican conceptuándole como un hombre que tenía sobre sí tal dominio que disimulaba perfectamente sus sentimientos más íntimos y ocultaba maravillosamente sus impresiones».²²³ Según el autor, las cartas de Cortés, «por regla general son verídicas», pero admitió que a veces «necesitaba falsear los hechos» para defender su causa y justificar su conducta: «Era Cortés avaro de gloria. En su correspondencia con el Emperador sólo rarísima vez nombra a alguno de sus capitanes; todos los éxitos se los atribuye sin dar participación a los que cooperaron».²²⁴

Podemos afirmar que la mirada de Altolaquirre es menos apologética que la del mexicano Carlos Pereyra y la de la mayoría de los historiadores posteriores del franquismo. Cortés queda retratado como héroe imperial,²²⁵ pero su figura es trabajada con rigor académico. Se trata, no obstante, de un trabajo carente del interés historiográfico que se percibe en la extensa biografía firmada por Salvador de Madariaga. Dicha obra (que analizaré a continuación) merece un análisis detallado que señale sus aportes metodológicos y sus carencias de cara a la futura historiografía.

1.2.1. Salvador de Madariaga. Exiliado europeísta

A principios del siglo XX surgió una corriente europeísta que cristalizó en la vida y obra del intelectual gallego Salvador de Madariaga. Diplomático, político, periodista, ensayista, historiador, novelista, Madariaga fue sin duda uno de los pensadores más dinámicos y eclécticos del siglo XX español. Tras estudiar ingeniería en París y hacerse reportero en Londres pasó a ocupar diversos cargos en la Sociedad de Naciones entre 1921 y 1927. Publicó su primera obra

223. Para Altolaquirre, uno de los pocos actos condenables de la conquista fue la matanza del Templo Mayor, perpetrada por Alvarado. No obstante, acabó justificando los motivos de dicha matanza como respuesta ante la conjura indígena: «Que el hecho fue cruel no puede negarse; pero que lo inspiró la codicia, no hay fundamento ni razón alguna para afirmarlo». *Ibidem*, pp. 194 y 220.

224. *Ibidem*, pp. 266-267.

225. «Secundaron y siguieron todos el heroico ejemplo de Cortés y sus capitanes: luchando día y noche y sufriendo las inclemencias del tiempo y la resistencia del enemigo, fueron ganando palmo a palmo el terreno hasta hacerse dueños de la ciudad, y con ella del imperio». *Ibidem*, p. 298.

en 1917, *La guerra desde Londres*,²²⁶ y a partir de entonces escribió en inglés, francés y español, haciendo gala de un poliglotismo muy poco frecuente en la España de principios del siglo XX.

Tras ejercer unos años como profesor de literatura española en Oxford, trabajó como embajador en Washington y París y en 1936 fue nombrado miembro de la Real Academia Española. Madariaga había vivido desde 1931 vinculado a la República, pero el viraje marxista de los intelectuales y su apelación a las masas le disgustaron tanto que optó por partir al exilio en 1936, año en el que estalló la Guerra Civil. «Yo no me sentía de acuerdo con ninguno de los bandos. (...) Por eso me tuve que ir», declaró entonces en un programa de Radio Nacional Española.²²⁷

A pesar de su exilio, gran parte de su carrera y su esfuerzo estuvo orientado a la divulgación de la cultura española e hispanoamericana. Escribió sobre los clásicos de la literatura del Siglo de Oro: *Guía del lector del Quijote* (1926)²²⁸ y *Don Juan y la don-juanía* (1950);²²⁹ profundizó sobre la historia nacional y sus orígenes: *España. Ensayo de historia contemporánea* (1931) y *El auge y el ocaso del imperio español en América* (1958); y publicó varias biografías sobre personajes del ámbito hispanoamericano, desde Cristóbal Colón (1939)²³⁰ hasta Simón Bolívar (1952).²³¹ Christopher Britt Arredondo ha estudiado «la nostalgia del Imperio español» presente en la obra de

226. Salvador de Madariaga, *La guerra desde Londres*, Tortosa, Editorial Monclús, 1918.

227. Recogido en el reportaje de José Carlos Huerta, «Salvador de Madariaga: luces y sombras de uno de los fundadores de la idea de Europa», en *Infolibre*, Madrid, 11-08-2017. El 18 de julio de 1936 estuvo a punto de ser fusilado por un grupo de milicianos anarquistas que lo confundieron con un líder derechista de la CEDA. Decidió marcharse para no volver. A partir de entonces vivió en Francia, Inglaterra y Suiza, donde murió. A Madariaga los izquierdistas le echaron en cara su «inhibición» a la hora de condenar el franquismo y los franquistas, por su parte, le consideraron un «rojo traidor». En realidad, su visión política era la de un centrista europeísta antifascista y anticomunista; de nuevo, algo poco corriente en su tiempo. Javier Tusell, *Historia de España* (vol. 16), Madrid, Espasa Calpe, 2004, pp. 368-371.

228. Salvador de Madariaga, *Guía del lector del Quijote*, Madrid, Espasa-Calpe, 1926.

229. Salvador de Madariaga, *Don Juan y la don-juanía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1950.

230. Salvador de Madariaga, *Christopher Columbus: Being The Life Of The Very Magnificent Lord Don Cristobal Colon*, Londres, Hodder & Stoughton, 1939.

231. Salvador de Madariaga, *De Colón a Bolívar*, Madrid, Círculo de Lectores, 1955. Salvador de Madariaga, *Bolívar*, Londres, Hollis & Carter, 1968.

Madariaga.²³² Nostalgia que fue entendida como nacionalismo y reivindicada por ciertos historiadores de raigambre franquista, como Ricardo de la Cierva.

En 1941 publicó en su exilio londinense, *Hernán Cortés. Conqueror of Mexico*, en la editorial Macmillan Company.²³³ La obra tuvo críticas entusiasmadas en la prensa inglesa: el semanario londinense *The Saturday Review* afirmó que, si bien no reemplazaba a la obra de William H. Prescott (*The conquest of México*, de 1843), sí la complementaba.²³⁴

Su biografía de Cortés es una extensa obra de más de 500 páginas en la que Madariaga combinó una narración épica con un uso ingente de fuentes castellanas e indígenas. En el prólogo, elaboró un resumen de la concepción del mundo «azteca» citando textos como la *Crónica mexicana* (1598), de Hernando de Alvarado Tezozómoc y los testimonios mexicas recopilados por fray Bernardino de Sahagún en *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1569). El gallego exhibió sus numerosas lecturas empleando un buen número de términos en náhuatl; sin embargo, fiel al dictamen de Unamuno, optó por escribir «Méjico» con «j». Además, le dio a su texto un tono novelesco de principio a fin, quizás buscando un público más amplio.²³⁵

Desde el principio, la intención es obvia: retratar a los mexicas como una civilización complejísima, pero salvaje y violenta:

Corazones y más corazones iban a parar al cuauxicalli o jícara del águila, vasta piedra redonda, agujereada en el centro para escurrir la sangre; cuerpos y

232. Christopher Britt Arredondo, «Madariaga's Quixotism: The Imperial Nostalgia of an Exiled Spanish Liberal», en *eHumanista*, núm. 3, 2014, pp. 148-170.

233. Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés: Conqueror of México...*, 1941. Usaremos la edición de 1995.

234. El crítico William Lytle Schurz comentó lo siguiente: «We are doubly fortunate in having an authoritative biography of Cortes written in English by a Spaniard. Madariaga's command of English is so finished that he dares to indulge in verbal tours de force, such as translating Bernal Diaz's rendering of Huitzilopochtli as "Witchywolves"». El autor de la reseña también aprovechó para enfatizar las críticas de Madariaga al carácter español: «Is Don Salvador de Madariaga, Spaniard, who says: "The Spanish character cannot bear success... in someone else. The Spaniard suffers from sadness at his neighbor's rise", and "Seldom does a Spaniard attain recognition by his fellow men till he is dead". Which would explain many things in the history of the Spanish peoples». William Lytle Schurz, «Cortesian Epic», en *The Saturday Review*, 6-12-1941, p. 34.

235. La primera frase del libro es significativa: «En el año 4 de Casas de la Octava Gavi-lla de la era mejicana, el Emperador Moctezuma el Chico se llevó un gran susto. Correspondía aquel año mejicano al 1509 de nuestra era». Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés...*, p. 11.

más cuerpos iban rodando escaleras abajo hasta el atrio del templo donde el cua-cuacuiltin, viejo encargado de esta horrenda labor, los desollaba y descuartizaba; (los trozos más delicados iban a la mesa del Uei Tlatoani; los demás a las del guerrero que había capturado a la víctima).²³⁶

Este fresco introductorio de la civilización azteca sirve sobre todo para presentar la leyenda de Quetzalcóatl, eje vertebrador de la tesis de Madariaga según el cual los aztecas estarían esperando el retorno de su dios, «la serpiente emplumada», al que confunden con Hernán Cortés. Esta confusión sirvió al narrador para trazar la personalidad del conquistador como metáfora de la serpiente emplumada. Dicha leyenda, fabricada en época colonial, es aún hoy objeto de controversia, pero en los años cuarenta la mayoría de los historiadores la daban por cierta.²³⁷

A lo largo de su obra, Madariaga citó los textos de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Andrés de Tapia, Francisco López de Gómara, Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, Gonzalo Fernández Oviedo y Juan de Torquemada, entre otros. La figura de Malinche aparece someramente en el libro. Aunque es presentada como «un elemento tan valioso que a los ojos de los devotos españoles debió parecer como una mensajera del señor»,²³⁸ su presencia en la obra es muy discreta: solo aparece mencionada una treintena de veces en un libro de casi seiscientas páginas dedicado casi por completo a la etapa conquistadora.²³⁹

236. *Ibidem*, p. 20.

237. Miguel León Portilla escribió al respecto: «La creencia en el retorno de Quetzalcóatl, si realmente se dio en el ánimo de Motecuhzoma, o si fue sólo un agregado legendario en la historia, plantea interrogantes difíciles de responder. En todo esto jugaron papel importante los mitos». Miguel León-Portilla, «El retorno de Quetzalcóatl», en *Arqueología Mexicana*, núm. 53, México, enero de 2002, pp. 54-57.

238. Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés...*, p. 140.

239. No obstante, hay que señalar que el autor elaboró una interesante interpretación de la relación que sostuvieron los españoles con las indias. Para el gallego, estas relaciones no se limitaban a lo sexual, sino que estaban basadas en «barraganía», institución que existía en la Castilla medieval para combinar la santidad del matrimonio con la tendencia polígama de los hombres: las barraganas eran concubinas que, según Madariaga, «venían a ser para ellos esposas en todo menos en el sacramento». De esta forma, Malinche no fue esclava, sino señora, y ello se percibe, según el autor, en el cargo nobiliario que portó su hijo Martín, Comendador de la Orden de Santiago. Además, señaló el gallego, estas barraganas indias fueron tratadas con todos «los honores y privilegios» y en absoluta igualdad «social y racial». *Ibidem*, p. 179.

La versión de Madariaga coincide casi siempre con la de Cortés, Gómara y Díaz del Castillo. Cuando se trata de describir la vida de los mexicas recurrió sobre todo a los testimonios indígenas recopilados en la *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1569) de fray Bernardino de Sahagún, «cuyo contacto con la tradición azteca es mucho mayor que el de Bernal, da una versión mucho más en consonancia con la situación, con el carácter de Moctezuma y con el desarrollo ulterior de los hechos».²⁴⁰

Su descripción de Cortés es tan elogiosa como la de Pereyra: buen corazón, ágil cerebro, grandeza de alma; en resumen, un compendio de virtudes: «Era con mucho el hombre de más valía de toda la armada, tanto en armas como en letras, porque sobresalía por su inteligencia como por su voluntad y, a la raíz de ambos, por la claridad y fuerza de su propósito». El autor presentó a su personaje como un hombre «con ademán amable y ojos sonrientes» que era la «encarnación de la fe cristiana», «un europeo típico», de acción y de fe, que hubiera sido un digno «primer ministro» de Carlos V, si el emperador hubiera tenido mejor discernimiento en la selección de sus colaboradores.²⁴¹

Buena parte de las páginas están regadas de reflexiones filosóficas que en ocasiones le dan al libro un tono más ensayístico que historiográfico.²⁴² El retrato del extremeño, como dijimos, es tan apologético como el de los hispanófilos, pero se permite cierto tono mordaz.²⁴³ A la hora de narrar la fundación de Veracruz, el gallego ironizó sobre las ínfulas del conquistador, afirmando que quería «simular» ser un buen demócrata: «Cortés se tomó un día para pensarlo, a fin de simular mejor que hacía por la fuerza de las circunstancias y bajo presión popular lo que en realidad había ya meditado y resuelto de por sí. Al día siguiente se inclinó como buen demócrata ante la opinión pública».²⁴⁴

240. *Ibidem*, p. 146.

241. *Ibidem*, pp. 272 y 538.

242. Madariaga reflexionó sobre «las ondas de incomprensión» que surgieron entre españoles e indígenas a pesar de las traducciones de Malinche: «¿Cómo era posible que aquellos indios asimilasen el dogma de la virginidad sin atribuirle algún sentido inmediato y positivo como hacían con sus dioses?». *Ibidem*, p. 232.

243. El gallego evocó la locura de Hamlet para explicar los arrebatos de Cortés: «No estoy loco más que de norte-noroeste», dijo el personaje de Shakespeare. Y el Cortés de Madariaga, «prudente, astuto, cauto, previsor, paciente en la acción, suave en la palabra», «siempre y en todo valiente», «siempre y constantemente prudente», tiene sin embargo un «norte-noroeste» de locura «por donde los vientos y vendavales de la naturaleza irrumpen hasta el centro de su tranquilidad interior». Cortés, culmina el autor, «estaba loco norte-noroeste». *Ibidem*, p. 234.

244. *Ibidem*, pp. 154-156.

El avance hacia México-Tenochtitlan y las batallas contra los tlaxcaltecas son relatados según la versión de Cortés y Bernal Díaz del Castillo. Madariaga hace hincapié en la perspicacia de Cortés y sus «golpes maestros», a la hora de establecer alianzas.²⁴⁵ Como vemos, nada lo aleja de la versión de Cortés y Gómara.

A la hora de narrar la matanza de Cholula, Madariaga aceptó la tesis de la conspiración y creyó en la sinceridad de los cronistas españoles, desacreditando la inculpatoria versión de las Casas. Reconoció que el extremeño era perfectamente capaz de caer sobre una ciudad desarmada y «hacerle mucho daño», como él mismo confesó en sus cartas de relación, sin embargo, por eso mismo, su relato cobra validez y denota sinceridad. El gallego elaboró una hipótesis que más tarde apuntalará Hugh Thomas: el hecho de que varios de los testigos castellanos hayan escrito la misma versión por separado demuestra que su relato es sincero y verosímil:

Pero por eso precisamente, tanto él como sus compañeros Tapia y Bernal Díaz merecen crédito cuando, escribiendo por separado y sin conocimiento mutuo de sus escritos, concuerdan en bloque sobre los hechos: hubo conspiración y los chololtecas estaban armados.²⁴⁶

El tono novelesco y las escenas interpretativas, fantasiosas o literarias se multiplican con la llegada de Cortés a Tenochtitlan.²⁴⁷ Según su relato, Moctezuma fue asesinado por Cuauhtémoc que, furioso ante su sumisión, le llamó «mujer de los españoles» y «le asestó un flechazo».²⁴⁸ En este punto, el gallego contradujo la versión de Cortés y Díaz del Castillo (que contaron que el *tlatoani* murió apedreado) y transcribió, sin citar la fuente, un fragmento del *Códice Ramírez* de 1587. Quizás en busca de una muerte más espectacular que

245. *Ibidem*, pp. 221-225.

246. *Ibidem*, p. 245.

247. El humo del Popocatepetl es una señal que Dios envía a Cortés para señalar «el camino de su salvación», y cuando finalmente llega ante Moctezuma «para plantar la cruz en aquel suelo infiel», Cortés, a los ojos de Madariaga, se convierte en la divinidad mexicana: «Quetzalcóatl en persona, cabalgando a la cabeza de sus cuatrocientos hombres (...) en un sueño vivido de victoria». Moctezuma le recibe con la cabeza llena de «hechizos, sortilegios, encantos y brujerías», ya que los aztecas estaban todavía en el periodo de evolución colectiva «en el que todavía no ha nacido en el hombre el sentido abstracto del bien y del mal». *Ibidem*, pp. 250-270.

248. *Ibidem*, p. 390.

diese protagonismo al último defensor de Tenochtitlan, Madariaga dio crédito a un texto elaborado casi setenta años después de los hechos.

El autor recurrió a la *Historia de las Indias* (terminado hacia 1559) de fray Bartolomé de las Casas para reproducir una anécdota poco conocida hasta entonces. Se trata del encuentro entre el fraile y el conquistador en el que el primero increpa al segundo por haber apresado al tlatoani. Según hemos podido comprobar, Madariaga es el primer historiador en mencionar el interesantísimo relato de las Casas:

Hablando con él en Méjico en conversación, diciéndole yo con qué justicia y conciencia había preso aquel tal gran rey Moctezuma y usurpándole sus reinos, me concedió al cabo todo y dijo: «Qui non intrat per ostium fur est et latro». Entonces le dije a la clara y con palabras formales: «Oigan vuestros oídos lo que dice vuestra boca» y después todo se pasó en risa, aunque yo lloraba dentro de mí, viendo su insensibilidad, teniéndole por malaventurado.²⁴⁹

Hay que destacar el acopio de fuentes de Madariaga, una labor heurística muy poco común en los años cuarenta. Según el biógrafo, Cortés y sus hombres, ajenos a la crueldad descrita por las Casas, lloraron la muerte de Moctezuma: «En aquel día el hombre lloró por el hombre y la historia lloró por la historia». Fue «uno de los momentos de más emoción en la historia del descubrimiento del hombre por el hombre»:

(...) nadie que lea su relato de la escena al Emperador (Moctezuma) dejará de percibir el aroma de sincera compasión que mana de su corazón viril —¿hacia quién? Hacia el hombre de cuyo dolor era causante—. Descartemos la hipocresía, pues no conoce la historia hombre menos hipócrita que Cortés.²⁵⁰

Aquí, sin embargo, hay que señalar el empecinamiento del autor a la hora de justificar y enaltecer al conquistador: ni el mismo Gómara se privó de criticar a Cortés cuando consideró necesario.²⁵¹

249. La cita en latín significa: «Quien no entra por la puerta es salteador y ladrón». Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, libro III, capítulo CXVI, Edición del Marqués de Fuensanta del Valle, 1875, p. 456. Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés...*, p. 318.

250. *Ibidem*, p. 319.

251. En su famosa descripción de Cortés, en el último capítulo de *Conquista de México*, podemos ver una enumeración no solo de sus virtudes, sino de sus defectos: «recio porfiando», con más pleitos «de los que convenía a su estado», mujeriego y gastador «en mujeres»

El texto de Madariaga está trufado de anécdotas esclarecedoras, fruto de una atenta lectura de la obra de Díaz del Castillo, como la conocida escena en la que los soldados, insatisfechos con su exigua paga, protestaron escribiendo grafitis «al carbón, ya en prosa ya en verso, a manera de pasquines» en la casa de Cortés en Coyoacán. Pereyra había mencionado el suceso someramente,²⁵² pero Madariaga profundizó en el mismo, relatado originalmente en el capítulo CLVII del libro de Bernal Díaz del Castillo.²⁵³

Cortés, reconoció Madariaga, era un hombre ambicioso, y sediento de poder, pero también honorable: accedió a torturar a Cuauhtémoc con «disgusto», y si finalmente lo hizo fue porque su mentalidad obedecía a «las normas de su siglo».²⁵⁴ También justificó el ahorcamiento del último tlatoani durante la expedición a las Hibueras.²⁵⁵ Al igual que Pereyra (al que cita elogiosamente),²⁵⁶ Madariaga aseguró que fue el primer hombre que sintió latir en su corazón «un patriotismo mejicano»; un hombre «esencialmente mestizo de espíritu» que soñaba con ser enterrado en el país que había fundado y cuya conciencia cristiana le llevó a pedir en su testamento que se revisase la situación de los esclavos indígenas.²⁵⁷

y «antojos» a la par que escaso, es decir, tacao, y «atrevido en casas ajenas, «condición de putaeros». Francisco López de Gómara, *La conquista de México...*, p. 913. Primera edición en 1552.

252. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés...*, p. 206.

253. Según Madariaga, Cortés «daba largas y sobre las paredes blancas de su residencia en Coyoacán, comenzaron a aparecer escritos al carbón, ya en prosa ya en verso, a manera de pasquines. “Más conquistados de Cortés que conquistadores de la nueva España”, decía uno, y otro: “No le basta el quinto como general y quiere el quinto del Rey”. (...) Aquellos versos maliciosos le tentaron en su flaco como hombre tan hábil en el manejo de la pluma como en el de la espada; y cuando salía de su aposento por las mañanas y los lea, “como Cortés era algo poeta, respondía también por buenas consonantes y muy a propósito” (...). hasta que Cortés, todavía polemista, no todavía caudillo, escribió en la pared: “Pared blanca papel de necios»; y amaneció al día siguiente: “y de sabios y verdades, e Su Magestad lo sabr de presto”. Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés...*, p. 459.

254. *Ibidem*, pp. 460-461.

255. Continúa Madariaga: «Episodio de verdadero estilo Cortés. Frío y duro cuando es necesario, pero sólo entonces y no más, Cortés guard a Guatemocín a su lado mientras el rey despuesto no constituía amenaza a su seguridad; y cuando llegó a constituirlo, puso muerte a su enemigo más no llevó el castigo de los conspiradores más allá del mínimo indispensable». *Ibidem*, p. 502.

256. Madariaga afirmó que Pereyra, que también justificó el ahorcamiento de Cuauhtémoc, elaboró un «excelente resumen de los hechos». *Idem*.

257. *Ibidem*, p. 558.

En sus últimas páginas, Madariaga dedica una dura crítica al México indigenista y al muralista Diego Rivera (que aún no había pintado al Cortés deforme, pero sí al violento saqueador en los murales del Palacio de Cuernavaca):²⁵⁸

¿Cómo podría adivinar (Cortés) que un día vendría en que habría que proteger con el secreto sus cenizas (...)? ¿Cómo podía adivinar que aquel Méjico creado por él erigiría una estatua a Guatemocín, no para honrar a Guatemocín, sino para insultarle a él; que un pintor de aquella raza que tanto había hecho él para ennoblecer y liberar de sus espantosos prejuicios, ¿llegaría un día a embadurnar los muros de su palacio de Cuernavaca con calumniosas escenas de que hasta el tal pintor es inocente puesto que le brotan de insondables abismos raciales?²⁵⁹

En definitiva, estamos ante una obra indudablemente apologética y que adolece del tono novelesco tan común en su época, pero no exenta de una encomiable documentación historiográfica y de una narrativa esclarecedora y deleitosa, repleta de detalles interesantes que enriquecen la biografía del extremeño. Estamos ante un español crítico con la hispanofilia franquista, pero sumamente elogioso con el conquistador español. Lo más destacable, sin duda, es el uso continuo de fuentes indígenas, como el Códice Ramírez y los textos recopilados por Sahagún, Tezozómoc y Torquemada, textos muy poco usados en la historiografía hasta la segunda mitad del siglo XX. De hecho, no volveremos a encontrar en el ámbito hispanoamericano una obra tan ingentemente documentada en cuanto a fuentes indígenas hasta la publicación de *La visión de los vencidos* en 1959, casi veinte años después.²⁶⁰ Sin embargo, dichas fuentes, en el caso de Madariaga, no sirvieron para elaborar una interpretación alternativa a la versión cortesiana, sino simplemente para documentar el mundo indígena y para dar una nota de color al texto. A pesar de su bagaje intelectual, no se apartó en absoluto de la mirada apologética que ya vimos en autores como Pereyra y Altolaguirre.

258. Recordemos que Rivera terminó su mural *La llegada de Hernán Cortés en Veracruz* en 1951, pero desde los años veinte había pintado violentas escenas protagonizadas por el capitán extremeño. La obra a la que alude Madariaga la había pintado en 1929.

259. *Ibidem*, p. 561.

260. Hay que señalar que el trabajo del estadounidense Henry R. Wagner supera con creces al de Madariaga tanto en su heurística como en su hermenéutica. Véase el apartado dedicado a Henry R. Wagner.

El afán literario es tan marcado que por momentos lleva a pensar que habría preferido escribir una obra de ficción. Un año después Madariaga se daría el gusto con la publicación de *El corazón de la piedra verde* (1942), su exitosa novela ambientada en la conquista de México.

1.3. CORTÉS Y LOS HISPANISTAS EUROPEOS Y AMERICANOS

En la historiografía, la escuela francesa de los *Annales* reivindicó la elaboración de una historia total. El interés por España se percibe especialmente en Francia: desde la década de 1930 los hispanistas extranjeros destacaron como referentes en el análisis científico del pasado español con libros como *El laberinto español* (1943), de Gerald Brenan y sobre todo *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II* (1949), de Fernand Braudel, una de las obras más importantes que se han escrito sobre el siglo XVI español. La tónica general de la historiografía europea tendía hacia el estudio de las realidades sociales y económicas más que a la biografía. El mismo Braudel arremetió contra la *historire biographique* y los «fabricantes impenitentes de biografías»,²⁶¹ ya que, como explicó en su magna obra, el hombre individual siempre es prisionero de un destino sobre el que apenas puede ejercer influjo: «En el análisis histórico, tal y como yo lo veo –con razón o equivocadamente–, se impone siempre el tiempo largo».²⁶² El neozelandés Ronald Syme, en la introducción a su obra sobre Augusto, *The Roman Revolution* (1939) afirmó que «la insistencia indebida en el carácter y las hazañas de una sola persona reviste a la historia de unidad dramática a expensas de la verdad».²⁶³

En el mundo angloparlante, el estereotipo obsoleto de la leyenda negra persistía y también la visión de España como país atrasado y fanático que no había aportado nada al mundo.²⁶⁴ Los historiadores extranjeros que investigaron la conquista de México hallaron un dilema doble, ya que se enfrentaron con una sociedad tan lejana geográficamente como temporalmente. Al decir

261. Fernand Braudel, «En Espagne au tempos de Richelieu et d'Olivares», en *Annales* (nueva serie), año 2, núm. 3, 1947, pp. 354-358. Se trata de la nueva serie de los *Annales*.

262. Esta declaración fue escrita en las conclusiones de la versión ampliada de 1966. Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

263. Ronald Syme, *The Roman Revolution*, Londres, Oxford University Press, 1939, p. 7.

264. John H. Elliott, *Haciendo historia*, Madrid, Taurus, 2012, p. 55.

del historiador británico John H. Elliott, un extranjero que estudia el pasado de una sociedad que no es la suya tiene desventajas obvias (como desconocer las costumbres de la sociedad),²⁶⁵ pero también cuenta con ventajas (como percatarse de rasgo que los nativos pasan desapercibidos).²⁶⁶

En esta investigación constatamos que, con anterioridad a 1950, hubo pocos hispanistas europeos que escribieron obras de relieve sobre la figura de Hernán Cortés. Aunque su obra no se centra en el extremeño, sino en las consecuencias religiosas de su conquista, hay que destacar el trabajo del historiador francés Robert Ricard (1900-1984). Traductor al francés de la obra de Pereyra, estudioso de la obra de Galdós, de Sor Juana Inés de la Cruz, Santa Teresa y San Juan de la Cruz entre otros,²⁶⁷ el parisino comenzó su carrera con la tesis titulada *La conquista espiritual de México*,²⁶⁸ una investigación sobre los métodos de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523 a 1572. Se trata de uno de los primeros estudios americanistas del hispanismo francés. Su trabajo fue defendido en la Universidad de la Sorbona en 1933 y publicado en México por primera vez en 1947, con la traducción de Ángel María Garibay. Al igual que su contemporáneo Marcel Bataillon, Ricard enmarcó su obra en los estudios de Historia religiosa, disciplina muy presente en la universidad francesa de primeros de siglo. Para el francés, era imposible estudiar la historia de la evangelización de México sin atender a las preocupaciones religiosas de Hernán Cortés, personaje al que dedica escasas páginas, pero muy interesantes. Ricard describió al extremeño como un hombre «de grandes ambiciones, fácil en sucumbir a la carne, político de pocos escrúpulos» y con «aspectos de Don Quijote».²⁶⁹ El retrato resulta sorprendentemente crítico y hace hincapié en las flaquezas del extremeño, siempre en contraste con sus profundas convicciones cristianas. Para el francés, el afán evangelizador de

265. Como afirmó el escritor británico Leslie P. Hartley: «the past is a foreign country». Leslie P. Hartley, *The Go-Between*, Londres, Hamish Hamilton, 1953.

266. John H. Elliott, *Haciendo historia...*, p. 46.

267. Ricard fue miembro de honor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, miembro de la Academia Portuguesa de la Historia y académico en la Academia Mexicana de la Lengua.

268. Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, Editorial Jus, 1947. Usaremos la siguiente edición: Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

269. *Ibidem*, p. 61.

Cortés fue sincero, pero obró con precipitación y sin método.²⁷⁰ En el resumen que elaboró de los acontecimientos de la conquista destacó el papel del padre Olmedo como dique de contención de la impetuosidad del extremeño: «no sabemos lo que habría sucedido en muchos lugares de no haber moderado el padre Olmedo el ardor de Cortés». De esta forma, según Ricard, la insistencia del conquistador en que los tlaxcaltecas renunciaran a sus ídolos y abrazaran la fe católica habría resultado fatal de no haber intervenido el fraile para aconsejarle «dejar tranquilas a aquellas gentes hasta no haberlas informado más completa y seriamente de la doctrina cristiana». Más adelante, el hispanista también destacó que Olmedo se opuso a que se construyera en Tenochtitlan una iglesia: «ni Moctezuma pareció dispuesto a ello».²⁷¹ La obra de Ricard, como veremos más adelante, ha sido criticada por los historiadores del siglo XXI y considerada por algunos como un «panegírico» de la labor evangelizadora.²⁷² Sin embargo, en lo referente a la figura del conquistador, el punto de vista del estudioso francés aportó una interesante crítica epistemológica. Fue, además, uno de los pocos análisis de la religiosidad del conquistador.

En 1928, el numismático francés Jean Babelon (1889-1978) publicó uno de los libros más tempranos en lengua francesa sobre el conquistador extremeño.²⁷³ A pesar de que la obra no conforma un estudio riguroso en el sentido historiográfico, creemos que merece un somero análisis, ya que detenta las características de la corriente apologética presente en Francia en aquellos años. Se trata de una biografía con fragmentos novelados, diálogos imaginarios y escenas épicas en la que Cortés aparece como un compendio de virtudes. El estudioso francés, de forma libérrima, le retrató como un

270. Según Ricard: «Siempre llevó en su persona una imagen de la Virgen María, cuyo amartelado devoto fue; día a día rezaba sus oraciones y oía misa; una cruz había en su estandarte». *Ibidem*, p. 62.

271. *Ibidem*, pp. 62-63.

272. Matthew Restall tachó la obra de Ricard de «panegírico», y afirmó que los españoles «no se preocuparon por llevar a cabo una hispanización total de los pueblos indígenas». Matthew Restall, *Los siete mitos de la conquista española*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 120. El historiador mexicano Federico Navarrete también niega la llamada «conquista espiritual de México» postulada por Robert Ricard y define su obra como una fantasía inverosímil, ya que, según afirma, la mayoría de los nativos «habrían visto un sacerdote católico una o dos veces en su vida, cuando mucho». Federico Navarrete, *¿Quién conquistó México?*, p. 163.

273. Jean Babelon, *Hernán Cortés*, Madrid, Aguilar, 1988. Primera edición en francés en 1928.

hombre vigoroso, espíritu inquieto, musculoso, voluntarioso, alto, esbelto y de tez mate.²⁷⁴

A pesar del tono apologético y exagerado, el hispanista elaboró ciertos comentarios acertados a la hora de describir la personalidad del extremeño: «los tesoros son sus Dulcineas, pues en la historia de estos exaltados no hay amor humano más que en último lugar, y las mujeres no podían pasar por sus vidas más que como elemento de pasajeras voluptuosidades».²⁷⁵ Babelon fue el primer autor que hemos detectado en destacar el carácter mujeriego de Cortés, rasgo que, como veremos, sería ampliamente comentado por otros historiadores franceses, especialmente Bartolomé Bennassar.

El libro de Babelon puede leerse como una novela histórica, y en ocasiones, como el relato de un superhéroe capaz de todo: «¿Sus cadenas? Las rompe. ¿Una ventana con cerrojos? La fuerza. ¿Dos pisos? Los salta».²⁷⁶ Para Babelon, la fundación de Veracruz y el nombramiento de Cortés como capitán general fue un golpe maestro que consiguió engañando a su tropa y «riendo para su capote».²⁷⁷ La figura de Malinche es descrita con todo el embeleso de una novela romántica.²⁷⁸

El autor francés destacó la nobleza de Moctezuma y el heroísmo de Cuauhtémoc,²⁷⁹ pero criticó con vehemencia los sacrificios humanos, llevados

274. «Ancho de pecho, musculoso, notable jinete y diestro en todos los juegos de armas, de una sobriedad y una resistencia como para dejar muy detrás a todos sus compañeros. Era un todo el soldado de un siglo de hierro, voluntarioso, espíritu inquieto, voluntad prontamente en tensión, como si fuera un arco, presta a hacer frente a las traiciones y alevosías, sensible, pero sin embargo capaz en las necesidades de una fría crueldad (en las necesidades solamente)». Jean Babelon, *Hernán Cortés...*, p. 11. Hay que señalar que tanto Bernal como Gómara apuntaron que su tono de piel era pálido y ceniciento.

275. Jean Babelon, *Hernán Cortés...*, p. 15.

276. *Ibidem*, p. 22.

277. *Ibidem*, pp. 52-53.

278. Dotada de todos los encantos, «Ariadna de esta fabulosa historia y patrona de la conquista», de extraordinaria belleza y «sutileza de espíritu», hábil diplomática e incomparable auxiliar de Cortés. El hispanista señaló con acierto que el triunfo de Cortés «no se concibe sin ella». Proponso a la invención novelesca, Babelon incurre en errores en los que ningún otro historiador había incurrido, como afirmar que el nombre indígena de Marina fue Malintzin. Como todos los historiadores afirmaron, Malintzin es el nombre con el que los indígenas se referían a Marina, pronunciando «Malin» y el sufijo reverencial «tzin», que significaba «doña». Jean Babelon, *Hernán Cortés...*, pp. 38-39.

279. Su retrato de Moctezuma también es benévolo: «Todo era en él de gran príncipe. Nada del rey negro con el que hay que representar la comedia de la cortesía». Con respecto a Cuauhtémoc, al que denomina Guatemozin, Babelon resaltó su valentía y heroísmo. El francés

a cabo por «siniestros sacerdotes», ejecutores de ritos «satánicos» en los que exhibían abominables mutilaciones.²⁸⁰ La obra no repara en fuentes; quizás consciente de estar escribiendo para un público no especializado, Babelon no se preocupó demasiado por la exactitud de los hechos expuestos. Criticó la leyenda negra impulsada por las Casas y señaló que la única «aniquilación» de los indígenas sucedió en el norte anglosajón. En el penúltimo párrafo se atrevió a sugerir al Gobierno mexicano que construya una estatua «del gran hombre cuya ejemplar energía llevó la civilización al Anáhuac».²⁸¹ Como vemos, la obra de Babelon es una temprana reivindicación apologética del conquistador sin rigor historiográfico. No obstante, debemos señalar que a diferencia de otras obras de índole hispanófila (como las de Pereyra o Vasconcelos, analizadas anteriormente), la mirada del francés hacia la cultura mexicana y hacia sus protagonistas es más benevolente. Ajeno a la pugna ideológica que radicalizó a los intelectuales hispanófilos, Babelon elogió la arquitectura prehispánica; describió Cholula como «un poema de piedras», «la Meca del Anáhuac» y aseveró que Tenochtitlan era comparable a las ciudades de Egipto y Mesopotamia: «¡Es Tebas, Nínive, Babilonia!».²⁸²

Analizaré a continuación la obra del estadounidense Henry R. Wagner (1862-1957), quien en 1944 llevó a cabo una de las investigaciones sobre Hernán Cortés más completas y críticas con la conquista.

1.3.1. Henry R. Wagner. *The Rise of Fernando Cortés*

La obra del historiador estadounidense Henry Raup Wagner (1862-1957), titulada *The Rise of Fernando Cortés* y publicada en 1944,²⁸³ pasó casi totalmente desapercibida para la historiografía posterior y hoy es muy difícil de encontrar.

criticó la injusta tortura a la que fue sometido el tlatoani: «Toda la nobleza de que se ve llena la rendición de Guatimozin se desvanece ante en inicuo tratamiento que se infligió al desgraciado príncipe». Se trata de su única crítica hacia la acción de Hernán Cortés. *Ibidem*, pp. 103 y 236.

280. *Ibidem*, p. 117.

281. Babelon aplaudió la existencia de una estatua de Cuauhtémoc, pero negó la leyenda de tono «tendencioso» de las Casas según la cual, la raza azteca fue aniquilada: «Ha sido en el Norte, y por el anglosajón, donde el indígena fue aniquilado (...) Tomados en conjunto, los mexicanos del siglo XX no tienen de europeos y latinos más que su lengua y su cultura». *Ibidem*, p. 284.

282. *Ibidem*, pp. 87-96.

283. Henry R. Wagner, *The Rise of Fernando Cortés...*, 1944.

²⁸⁴ Atendiendo al título, podría pensarse que estamos ante un libro de tono narrativo como el de Jean Babelon o el que publicó el estadounidense Maurice Collis en 1954, titulado *Cortés and Montezuma*. Como hemos visto, las obras divulgativas sobre la figura del conquistador son numerosísimas y muy poco interesantes en términos historiográficos; además, su tono, casi siempre épico y apologético, es el de otros tiempos, por lo que han ido desapareciendo de las librerías e incluso de las bibliotecas. Sin embargo, hemos comprobado que la obra de Wagner contiene un sorprendente compendio de fuentes y compone una de las primeras miradas de método historiográfico que cuestionan la narración elaborada por Hernán Cortés en sus *Cartas de relación*.

Además de historiador, Wagner fue coleccionista, bibliógrafo y cartógrafo, publicó varias obras de carácter bibliográfico, como *The Plains And The Rockies: A Contribution To The Bibliography Of Original Narratives Of Travel And Adventure, 1800-1865* (1920),²⁸⁵ *The Spanish Southwest, 1542-1794: An Annotated Bibliography* (1924)²⁸⁶ y de forma póstuma, *The Life and Writings of Bartolome de las Casas* (1967).²⁸⁷

Quizás este extenso conocimiento de las fuentes explica que su obra dedicada a Cortés cuente con una sorprendente documentación, que incluye no solo las crónicas castellanas, sino códices y numerosos textos indígenas. A pesar de su escasísima divulgación fuera de Estados Unidos, hemos podido comprobar que Wagner fue el primer autor del siglo XX que analizó de forma crítica, profunda y detallada fuentes tan ricas como el Lienzo de Tlaxcala,²⁸⁸ la obra de Muñoz Camargo,²⁸⁹ los textos de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl²⁹⁰ o el juicio de residencia de Cortés a partir de 1529.²⁹¹

284. En México solo las bibliotecas y archivos especializados, como el catálogo de la Biblioteca Nacional de la UNAM, cuentan con dicha obra. En España, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

285. Henry R. Wagner, *The Plains And The Rockies: A Contribution To The Bibliography Of Original Narratives Of Travel And Adventure, 1800-1865*, Oklahoma, David Archer White, 1920.

286. Henry R. Wagner, *The Spanish Southwest, 1542-1794: An Annotated Bibliography*, Berkeley, J.J. Gillick & co., 1924.

287. Henry R. Wagner, *The Life and Writings of Bartolome de las Casas*, New Mexico, University of New Mexico Press, 1967.

288. Henry R. Wagner, *The Rise of Fernando Cortés...*, pp. 164-165.

289. *Ibidem*, p. 172.

290. *Ibidem*, p. 355.

291. *Ibidem*, p. 174.

Sus más de 450 páginas detallan cada episodio de la conquista, deteniéndose en aspectos que ningún otro historiador del siglo XX había tratado, como las mujeres que participaron en la expedición y la alimentación de las distintas clases sociales de las sociedades indígenas.²⁹² Wagner definió al conquistador como un capitán extremadamente violento: «Cortés began to enter the country making war on them and wounding and killing many, cutting off their noses, gouging out their eyes, cutting off the arms and feet and ears of others destroying their houses and people».²⁹³ Para el estadounidense, el propósito declarado del extremeño fue atrapar a Moctezuma «vivo o muerto»; pero su objetivo real era capturarlo con vida para apoderarse de las tierras y del oro. En cada capítulo, se postulan hipótesis de gran interés que aportan nuevos caminos para desentrañar la mentalidad del conquistador: Wagner conjeturó que Cortés tardó tanto en enviar noticias a España porque estaba esperando a fundar una ciudad para proteger a sus hombres. Esto explicaría el «meticuloso» proceder en la ciudad de Veracruz.²⁹⁴

Desde el comienzo del libro, se hace hincapié en la poca credibilidad de las relaciones de Cortés en cuanto a datos: el conquistador solía exagerar el número de víctimas para glorificar su gesta.²⁹⁵ Para el autor, el método de guerra empleado por los conquistadores fue el «terrorismo».²⁹⁶ Como señaló, todos los historiadores «admiradores de Cortés» habían tratado de minimizar el horrendo crimen cometido en Cholula, justificando su acción con la teoría del complot indígena. El estadounidense decantó por la versión «más asombrosa» del mestizo tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo, quien apuntó que los tlaxcaltecas llevaron la iniciativa en todo momento.²⁹⁷ Cotejó la versión «justificatoria» de Díaz del Castillo, la «particularmente severa» de las Casas y la «meritoria tentativa de explicación» del historiador decimonónico Manuel Orozco y Berra, quien también subrayó el protagonismo tlaxcalteca.²⁹⁸ Por último, mencionó a «un escritor reciente», Salvador de Madariaga, quien «se tragó» completamente la versión cortesiana. En sus propias palabras, el

292. *Ibidem*, p. 168.

293. *Ibidem*, p. 115.

294. *Ibidem*, p. 113.

295. Wagner empleó la palabra «truthful». *Ibidem*, p. 171.

296. *Ibidem*, pp. 162-184.

297. *Ibidem*, p. 172.

298. Según el relato de Bernal Díaz del Castillo, Malintzin aseguró que una vieja le confesó la trampa tendida por los cholultecas.

español «has swallowed whole all the stories cooked up by Cortés and the Spanish writers to justify themselves».²⁹⁹

La crítica de Wagner es sumamente interesante y destacable porque demuestra de forma fehaciente que ya en 1944 había historiadores que cuestionaban de forma rotunda las fuentes españolas. Este hecho evidencia la poca originalidad de las nuevas tendencias revisionistas (como la «Nueva Historia de la Conquista», de la que hablaremos más adelante) que tratan de postularse como las primeras aproximaciones verdaderamente críticas hacia la versión cortesiana.

Wagner reconoció que la matanza de Cholula había dado el resultado esperado, ya que Moctezuma cambió su actitud e invitó a Cortés a Tenochtitlan. Una vez en la capital mexicana, Cortés fue consciente del peligro y el enorme riesgo que correrían si los indígenas destruían las calzadas y les encerraban en la isla ciudad: se encontraba, según el título del capítulo XIV: «Into de lion's mouth».³⁰⁰ Para el historiador estadounidense, no está claro si los indígenas creyeron que los españoles eran dioses o subordinados de los dioses, pero parece convencido (como décadas después lo estuvo Hugh Thomas) de que el tlatoani había entrado en pánico: «Moctezuma was beside himself with terror».³⁰¹ Como apuntó, la descripción más gráfica de la entrada a Tenochtitlan es la de Sahagún, que fue escrita en «mexicano» (*sic*) y, según afirmó erróneamente, nunca fue traducida al español.³⁰²

Wagner consideró que la versión que dio Díaz del Castillo sobre el arresto de Moctezuma pudo estar basada en el relato de Gómara. Especuló, de forma muy lúcida, que debido a su bajo rango en la expedición, el futuro cronista desconocía los pormenores del «arresto» y decidió plagiar el detallado texto del clérigo y biógrafo de Cortés.³⁰³ Las descripciones de Díaz del Castillo sobre la grandeza y el esplendor de la metrópolis no le parecen convincentes, ya que según los indicios, la ciudad fue fundada en una isla de barro por una tribu

299. *Ibidem*, p. 177.

300. *Ibidem*, p. 201.

301. *Ibidem*, pp. 183-184.

302. *Ibidem*, p. 201. Según las anotaciones de Wagner, la traducción posterior fue incluida en el vol. IV, en los capítulos 14 y 15, en la versión del alemán Eduard Seler. Como se sabe, la gran parte de la obra de Sahagún es bilingüe y está escrita en náhuatl y castellano.

303. Sobre este punto, véase: Henry R. Wagner, «Three Studies on the Same Subject: Bernal Díaz del Castillo», en *Hispanic American Historical Review*, núm. 25, 1945, pp. 155-190.

nómada bastante pequeña.³⁰⁴ Al igual que Matthew Restall y otros autores que publicaron en el siglo XXI,³⁰⁵ Wagner consideró que, a pesar de que varios estimaron la población de la urbe en unos 300 000 habitantes, ninguna ciudad de este tamaño pudo haber existido en la locación lacustre.³⁰⁶

Wagner describió la convivencia de Cortés y Moctezuma como un periodo de confianza, juegos y cierta estabilidad.³⁰⁷ Sin embargo, durante el arresto del tlatoani los españoles estaban en un perpetuo estado de nervios y actuaban como si estuviesen en un país conquistado, saqueando casas y cometiendo actos indignos: «The robberies committed by the Spaniards on the natives of New Spain were nothing new in the Indies». Para justificar su proceder, los castellanos alegaron que los nativos eran idólatras, sacrificadores y comían carne humana. Para Wagner, estaba claro que los sacrificios fueron una práctica frecuente en Tenochtitlan, pero no el canibalismo.³⁰⁸

El autor narró con sumo detalle la expedición de Narváez «the pompous» y la llegada de la viruela en uno de sus barcos. El error del extremeño en este caso fue dejar a Alvarado al mando de la ciudad. Wagner le definió como un buen soldado leal a Cortés, pero no muy listo y definitivamente más explosivo, impetuoso y temerario que su capitán.³⁰⁹ Tras la represión brutal que llevó a cabo en el Templo Mayor, la situación explotó y se hizo «desesperada» para los españoles. Cuando Cortés regresó, Moctezuma le pidió que se marchara. Tras el desastre de la Noche Triste —«dreadful night»—, descrito con base en las poderosas imágenes del Lienzo de Tlaxcala, Wagner narró el

304. Como afirma Wagner: «The general opinion seems to be that the Aztecs built the town on a mud island in the lake». Henry R. Wagner, *The rise of Fernando Cortes...*, p. 205, 212 y 213.

305. Restall afirma que «Tenochtitlan no podría haber albergado a tantos cientos de miles de residentes; más bien fueron algo así como 60 000», cifra que se encuentra entre las más bajas de entre las citadas por los historiadores. Matthew Restall, *Cuando Moctezuma conoció a Cortés*, México, Taurus, 2019, p. 379.

306. Henry R. Wagner, *The rise of Fernando Cortes...*, p. 217. Entre las fuentes de Wagner, el autor destacó la obra de 1859 de Robert A. Wilson, *A New History of the Conquest of Mexico: In Which Las Casas' Denunciations of the Popular Historians of That War Are Fully Vindicated*. Reeditada en 2010 en Cornell University Library, Ithaca (Nueva York).

307. Estos fragmentos recuerdan mucho a los que escribirá Hugh Thomas en 1993 en su obra *The Conquest of México*, sin embargo, el inglés no citó a Wagner como fuente.

308. *Ibidem*, pp. 252-255.

309. Wagner le definió en los siguientes términos: «a good fighter», «loyal to Cortés», «not very wise», «even more rash than his commander», «noted for his impetuosity foolhardiness». *Ibidem*, pp. 287-292.

regreso a Tlaxcala, la preparación del asedio y la cruel venganza posterior, motivada por el deseo de aterrorizar a los aliados de los mexicas.³¹⁰ Como explicó, el extremeño concibió un plan «factible» para matar de hambre a sus enemigos y propiciar su rendición.

El asedio final con los bergantines está narrado con todo detalle usando fuentes tanto españolas como indígenas y haciendo hincapié en el relato del historiador texcocano Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.³¹¹ Tras un pormenorizado recuento de fuentes, el autor calculó que el número de muertos no pudo llegar a 100 000. Los españoles, según él, no «liquidaron» la «civilización azteca»; esta murió por «falta de sustento». El resultado de la conquista fue la abolición de la religión mexica, pero no el modo de vida: como afirmó, basta con leer las obras de Motolinia y Sahagún para comprobar que los indígenas conservaron sus labores con toda su fuerza.³¹² Wagner es el primer historiador de la conquista en destacar este hecho.

Tras el asedio a la ciudad de Tenochtitlan y la victoria castellana, comenzaron los saqueos y las torturas para descubrir dónde estaba el oro: Wagner dio por cierto que Cortés mandó quemar los pies a Cuauhtémoc en un acto inhumano, que rompió su promesa de paz y que más tarde ocultó los hechos, culpando al tesorero Alderete.³¹³ Sobre la muerte de su esposa, no vio verosímil la autoría del conquistador. Alegó que, a pesar de que el extremeño cometió muchísimos crímenes, no tenía motivos para asesinar a Catalina y que, de haberlo hecho, lo habría planeado de forma que no levantara sospechas.³¹⁴

El balance de la vida de Cortés fue muy positivo: según Wagner, ni en sus «sueños más salvajes» habría podido imaginar que llegaría tan alto. Como señaló, la figura del extremeño se ha ensalzado exageradamente tanto en su valía militar como en la política: según su tesis, probablemente tuviera las cualidades necesarias como gobernante, pero no tuvo tiempo para llevarlas a cabo. El afán evangelizador que Cortés reiteró en sus cartas fue la forma de retratarse a sí mismo como «un cruzado del siglo XVI». Sin embargo, reiteró sus

310. *Ibidem*, pp. 300-330.

311. *Ibidem*, p. 335.

312. Wagner añadió que para él los aztecas fueron una civilización, a pesar de no tener escritura, ni usar bestias de carga o metalurgia. Agregó que sus labores continuaron tras la conquista: «the crafts practiqued by the Indians continued during their time in full force». *Ibidem*, p. 357.

313. *Ibidem*, pp. 359-360.

314. *Ibidem*, p. 408.

dudas sobre la franqueza de sus textos: en la Europa del siglo XVI «el fin justificaba los medios» y, en todo caso, la sinceridad nunca fue una de sus virtudes. Como concluyó, sus numerosos «errores», «omisiones» e «invenciones» convierten sus cartas en textos «sospechosos». ³¹⁵ El terrorismo, afirmó, fue su principal arma para subyugar a los mexicas y convertirse en el gobernante virtual de un vasto imperio. ³¹⁶

Quizás, postuló el estadounidense, su mayor logro político fue «la parcial fusión de razas» a través del impulso de los matrimonios mixtos. ³¹⁷ En todo caso, alegó, Cortés no soñó con crear una nación en México, sino un paraíso para los españoles: la creencia de que todos los indígenas le adoraban contrasta con los numerosos alegatos que muchos lanzaron en su contra, acusándole de malos tratos. Le respetaban y le temían como a una «deidad maléfica», pero, según Wagner, no le amaban ni le adoraban. Quizás, apuntó siguiendo el relato de Díaz de Castillo, fue Marina quien dominó a los nativos. ³¹⁸ De nuevo, Wagner demuestra una lucidez asombrosa, adelantándose varias décadas a las interpretaciones modernas sobre la conquista de México.

Wagner, como vimos, denostó la obra de Madariaga, tan crédulo ante la versión cortesiana. Al final del libro también criticó al mexicano Carlos Pereyra, y le tildó de «español propagandista» ³¹⁹ empeñado en restaurar el amor a las viejas colonias y en recuperar la figura de Cortés; acción en la que otros «siguieron sus pasos», ensalzando al extremeño «sin aportar nada a lo que los viejos cronistas habían dicho». ³²⁰ Debemos reconocer que su crítica es certera en cuanto al tono apologético que domina los textos de ambos autores.

Podemos afirmar que Henry R. Wagner fue el primer historiador que cuestionó pormenorizadamente la versión cortesiana en el siglo XX. Su obra (publicada en 1944) se adelantó varios años a la versión indigenista de Eulalia Guzmán –que analizaré en el próximo capítulo– y no cayó en los errores y

315. *Ibidem*, p. 464.

316. El libro termina con una interesante comparación de Cortés y Cesar de Borgia: el primero era un pequeño funcionario, el segundo, el hijo de un poderoso papa; ambos hombres audaces, enérgicos, con «grandes dotes para el liderazgo y la teatralidad», dos aventureros del renacimiento, inescrupulosos y pertinaces, con métodos de conquista «feroces y despiadados»; dos asesinos sin remordimientos –aunque Cortés era no solo cruel, sino genial, hablador, «simpático» (*sic*) y sentimental. La palabra simpático aparece en español. *Ibidem*, p. 465.

317. *Ibidem*, p. 447.

318. *Ibidem*, pp. 460-461.

319. Como sabemos, Pereyra fue mexicano.

320. *Ibidem*, p. 447.

excesos ideológicos en los que incurrió la arqueóloga mexicana. El estadounidense fue uno de los historiadores del siglo XX más rigurosos y concienzudos en su labor heurística y el primero en elaborar una exégesis histórica de la conquista: su ingente acopio de fuentes y la aguda interpretación de las mismas aportó una mirada lúcida y claramente desmitificadora del extremeño.

CONCLUSIONES AL CAPÍTULO I

Hasta la primera mitad del siglo XX, la tendencia mayoritaria entre los historiadores que escribieron sobre Hernán Cortés fue ensalzar su figura como un compendio de virtudes y valores que le convierten en un símbolo embrionario de la nacionalidad mexicana y española. A través de sus distintos relatos sobre de la conquista, los historiadores contribuyeron —junto a los artistas y los intelectuales— a crear una serie de imágenes en torno el personaje que permanecieron en el imaginario identitario, o en palabras de Maurice Halbwachs, en la «memoria colectiva».³²¹

En México, tanto los autores indigenistas como los intelectuales hispanófilos trataron de forjar un relato para construir un pasado coherente con el proyecto político del momento. En el caso de Hernán Cortés, como hemos visto, los muralistas lo pintaron como un invasor que trajo la violencia y el mal, y presentaron a los indígenas del mundo prehispánico como germen de la nacionalidad mexicana. Como contrapunto, ensayistas como José Vasconcelos e historiadores como Carlos Pereyra lo retrataron como constructor y forjador del México civilizado frente a la barbarie indígena. Ambos extremos usaron la historia de la conquista para legitimar su propio modelo político, inculcar sus valores y construir una identidad histórica. En este sentido, asistimos a prácticas de naturaleza simbólica que pretenden inculcar determinados valores o «tradiciones inventadas».³²² A pesar de esto, hay que destacar que se llevaron a cabo estudios interesantes como el de Carlos Pereyra, el autor de la primera biografía pormenorizada sobre Hernán Cortés en el siglo XX. Por lo que hemos podido constatar a lo largo de esta investigación se trata del trabajo de calado historiográfico escrito en el siglo XX sobre la figura del conquistador extremeño.

321. Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, París, Presses Universitaires de France, 1968.

322. Eric Hobsbawm, *The invention of the tradition*, Cambridge University Press, 1983.

En España, si bien la tendencia de la historiografía refleja claramente el afán por enaltecer la figura del conquistador como símbolo de la nación (afán representado de manera nítida por el militar e historiador Ángel de Altola-guirre y Duvalé), tenemos un ejemplo incipiente de búsqueda de fuentes indígenas en la obra de Salvador de Madariaga (fuentes que, no obstante, no serían analizadas con rigor en el mundo hispanoamericano hasta la segunda mitad del siglo XX, en las obras de los mexicanos Miguel León-Portilla y José Luis Martínez).

En Europa, los historiadores abordaron la conquista de México con distinto talante, eliminando las explicaciones morales y atendiendo a fuentes y acontecimientos de orden político y religioso. Los pocos hispanistas que escribieron sobre Hernán Cortés también interpretaron su figura con admiración (sobre todo en el caso del francés Jean Babelon), si bien algunos desentrañaron su figura desde nuevos planos interpretativos (como el alemán Richard Konezche). El único historiador que abandonó completamente la óptica apologética y emprendió un estudio novedoso fue el norteamericano Henry R. Wagner, autor del trabajo más riguroso escrito en la primera mitad del siglo XX. Wagner analizó las fuentes castellanias y nahuas con profundidad para llegar a conclusiones más complejas e innovadoras. Su obra constituye un hito fundamental que demuestra tres hechos cardinales de cara a nuestra investigación: 1) que ya en los años cuarenta existía una historiografía crítica con las obras de corte apologético; 2) que dicha historiografía puso en duda la versión de las fuentes castellanias; y 3) que los textos de autoría indígena constituyeron una fuente decisiva a la hora de reconstruir la conquista de México Tenochtitlan. Como veremos, Matthew Restall no fue ningún pionero en este sentido.³²³

323. En 2012, Restall resumió los objetivos de la Nueva Historia de la Conquista, entre los cuales destacó el análisis crítico de las fuentes españolas y poner el foco en los documentos escritos en lenguas indígenas. Como vemos, ya en 1944 Wagner había llevado a cabo este cometido. Matthew Restall, «La Nueva Historia de la Conquista», en *History Compass*, Pennsylvania State University, 10/2/2012, pp. 151-160.